PEDRO MUÑOZ SECA

Hugo de Montreux

MELODRAMA

EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1917

HUGO DE MONTREUX

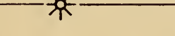
HUGO DE MONTREUX

MELODRAMA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO CIRCO DE PRICE el 2 de Marzo de 1917



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

A Mariano Sánchez Rexach que me picó el amor propio y me obligó a escribir este melodrama en diez noches.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
GABRIELA	Srta.	Gaspar.
LAURA	Sra.	Illescas.
CONDESA		Blanca.
LUISA		Camarero.
DANIELA	Srta.	Sáinz.
RAMONA		Hurtado.
RAFTAL	Sr.	Caralt.
HUGO		Contreras.
LUIS		Sierra.
CHACAL		Camarero.
RAUL		Carascal.
NELCAUT		Estevez.
LEANDRO		Castillo.
CREVILLAT		Domínguez.
MARIO		Domínguez.
GUSTAVO		Calvo.
FRAZN		Ortega.
CARLOS		Dulac.
JUAN		García.
ANTON		Dulac
CRIADO		García.

ACTO PRIMERO

La taberna de Raul

Es una lóbrega taberna instalada en un sótano. La puerta de entrada está como a dos metros de altura y se baja a la escena por una escalera crugiente y mal conservada. Hay en la taberna tres o cuatro mesas, una docena de banquetas, un mal mostrador ante una vieja anaquelería y una luz que pende del techo. En el lateral izquierda hay una puerta. Es de noche. Epoca actual. La acción en París, para que parezca la obra más verosimil.

—

(Al levantarse el telón están en escena RAUL, dueño de la taberna, hombre como de cincuenta años y de aspecto patibulario. CHACAL, viejo de feroz talante y mirada torva; y DANIELA, una muchacha joven, hija de Raul y única servidora de la taberna.)

CHACAL (Ante una mesa y contemplando su vaso vacío.) ¿Me fías otro vaso, Raul? ¡El último!

RAUL Basta ya, Chacal: no te sacias nunca.

CHACAL ¿Me lo das o no?

RAUL ¡No!

CHACAL ¡Maldita!...

RAUL Y no te lo niego por no fiártelo; para mí tienes crédito, Chacal; ya lo sabes de antiguo. Es que aguardo a Rubin y a Raftal y acaso te necesiten esta noche.

CHACAL ¡Ojalá!

RAUL Por eso no conviene que bebas. Tú, cuando trabajas fresco, eres un chacal; cuando trabajas borracho...

CHACAL Soy más seguro que nunca.

RAUL Sí, pero eres una furia del averno; tampoco te sacias nunca de sangre.

CHACAL Cada uno es como es, Raul, y cada uno trabaja a su manera. Los de mi tiempo éramos así; ahora... son otras las corrientes. Ladrones de salón; ladrones de agilidad. ¡Bah! Ladrones de pega.

RAUL Ahora es la astucia la que vence.

CHACAL ¡Cobardes! Les falta corazón. Cuando necesitan de un valiente acuden al viejo Chacal, ¡al viejo Chacal! (Por un periódico que tiene sobre la mesa.) Acabo de leer el golpe de anoche y me ha dado vergüenza. ¿Es este el que dieron Leandro Rubin y Armando Raftal?

RAUL ¿Cuál?

CHACAL (Por el periódico.) Este; en casa del Conde Hugo de Montreux.

RAUL Creo que sí.

CHACAL Es para reirse: forzar una caja de caudales durante un baile y apoderarse de cuatro maritatas y de un puñado de papeles sin importancia.

RAUL ¿Qué sabes tú lo que irían buscando?

CHACAL ¡Bah!

DAN. Oiga usted, padre; ¿ese Conde Hugo de Montreux es ese sabio químico de quien tanto hablan los periódicos?

RAUL Puede que sea.

DAN. Hace varias noches publicaban su retrato y decían que había descubierto unos gases con los que podía matarse en un momento a todo un ejército.

RAUL Sí: el tóxpiro Montreux, pero ¡bah! Nadie lo ha creído; esas son cosas que inventan los políticos para que las demás naciones nos tengan miedo. Infundios.

CHACAL Para matar no hay más que un medio seguro: uno solo...

(Suenan dos golpes secos en la puerta de entrada. Quedan todos en suspenso. Suenan tres golpes más.)

RAUL Abre: es un amigo. (Daniela desde el mostrador mueve una palanca que abre ruidosamente la puerta del fondo. Todos miran hacia la puerta y entra en escena, cierra y baja pausadamente la escalera el CONDE HUGO DE MONTREUX. El Conde viene disfrazado.

Trae una luenga barba gris, un amplio sombrero y se abriga con una capa no muy nueva, pero de corte elegantísimo. Raul escamado.) (¿Quién?)

HUGO Buenas noches. (Chacal lo mira con desconfianza.)

RAUL (Idem.) Buenas noches. (Pausa.)

CHACAL (Aparte a Raul.) ¿Le conoces?

RAUL No.

CHACAL Cuidado.

RAUL Espera. (Se acerca al Conde, que se habrá sentado ante una mesa de la derecha.) El señor, aunque ha llamado a la puerta como está convenido, debe venir equivocado.

HUGO No por cierto: vengo en busca de un amigo de todos.

RAUL ¿Y es?

HUGO Mario Liñán.

RAUL Eso es otra cosa. ¿Desea usted tomar algo?

HUGO Todavía no.

RAUL Está bien. (Se separa del Conde y se acerca a Chacal.) Es un amigo de Mario.

CHACAL No te fíes.

RAUL ¿Crees tú?...

CHACAL Mario de algún tiempo a esta parte no me inspira confianza.

RAUL Peor para él. (Viendo que Hugo saca el reloj y mira la hora.) El reloj es de oro.

CHACAL ¿De oro?

RAUL Ven: bebe otro vaso; yo te convido.

CHACAL Sea.

RAUL Un vaso para Chacal, muchacha. (Daniela se lo sirve. Suenan dentro dos golpes seguidos de otros tres. Abre Raul y entra en escena MARIO LIÑÁN, un hombre como de cuarenta años, mal trajeado.)

CHACAL (Aparte a Raul.) ¿Es Mario?

RAUL Sí.

MARIO Salud, buena gente.

RAUL Ven con Dios.

MARIO Hola, viejo Chacal: la noche es fría y oscura, como a ti te gusta. (Por Hugo.) ¿Quién es?

CHACAL ¿No le conoces? Pues por ti pregunta.

MARIO ¿Por mí? (Se acerca a Hugo con desconfianza.)

HUGO Buenas noches, Mario Liñán.

MARIO (En voz baja y admirado.) ¡Señor Conde!

HUGO ¡Prudencia!

MARIO (Riendo a carcajadas y en alta voz.) ¡Diantre! ¿Pero eres tú, Carlos Jain?

HUGO No creías que nos viéramos después de tantos años, ¿eh? (Cambian un apretón de manos.)

MARIO Raul: sírvenos unos vasos y que beban todos; Carlos Jain, mi compañero de cadena, nos invita.

HUGO Sea.

RAUL En seguida. (Sirve unos vasos.)

CHACAL (¿Carlos Jain?)

MARIO (Sentándose ante Hugo) Mandad, señor Conde. Hace cuatro años, cuando me salvásteis la vida, os dije: si algún día necesitais de mí, buscadme en la taberna de Raul. Mi vida os pertenece. Mandad.

HUGO (Al ver que Raul se acerca con los vasos.) ¡Silencio! (Raul sirve y se aleja.) Nunca dudé de tu leal ofrecimiento; por eso me he disfrazado y he venido en tu busca.

MARIO Mandadme.

HUGO Anoche, durante un baile que daba la Condesa, ha sido forzada la caja de caudales de mi despacho y han sido robadas varias alhajas que carecen de valor y unos documentos.

MARIO ¿Y bien?

HUGO Los autores del robo no han dejado huella alguna. Sobre ser muy hábiles en el oficio, deben conocer perfectamente las costumbres de mi casa. Dentro de ella deben tener seguramente algún cómplice.

MARIO Es el sistema.

HUGO Maldito lo que me interesan las alhajas robadas, Mario; pero entre los documentos hay uno que me interesa recuperar, sea como sea y cueste lo que cueste. Es un papel azulado que contiene una fórmula química. Tú eres el único hombre que has visto esa fórmula cuando me la tatuaste en mi brazo derecho. Creo firmemente que los ladrones desconocen la importancia de ese documento y hay que recuperarlo antes que nadie pueda darse cuenta de lo que vale y significa. Pongo a tu disposición toda mi fortuna para ello. Entérate, infórmate; si es preciso comprarle, ofrece cuanto quieras; si para recuperarle es necesario matar, mata. Más confío en tu gestión que en la de la policía. Todas las naciones anhelan poseer esa

fórmula; si yo dijese que me había sido robada, no la recuperaría jamás.

MARIO Yo juro al señor conde de Montreux que, o dejo de ser quien soy, o antes de veinticuatro horas le habré entregado el documento que desea recuperar.

HUGO Gracias, Mario.

MARIO Dentro de un rato vendrán los amigos y no faltará quien me encamine por la senda que debo seguir. (Mirando de reojo.) Pero cuidado; Chacal y Raul nos miran con desconfianza. Alejemos de ellos toda sospecha. (Llamando.) ¡Chacal! Acércate.

CHACAL (Acercándose.) ¿Qué quieres?

MARIO Una palabra.

CHACAL Dila.

MARIO Hay una pobre señora que adora a mi amigo Carlos Jain; pero mi amigo lo duda y desea saber qué tiene la señora dentro del corazón. ¿Has comprendido? ¿Sabes tú leer en los corazones?

CHACAL Como en libros abiertos, pero hay que abrirlos antes.

MARIO De eso se trata.

CHACAL (Sacando un puñal.) ¿Sirve esta plegadera?

HUGO Si está bien templada... Probemos con un Luis. (Pone un Luis sobre la mesa y Chacal lo clava en la punta de su puñal.)

CHACAL ¿Eh?

HUGO Buena hoja y buen pulso. Guarde la moneda y beba a mi salud y a la salud de mi enamorada.

CHACAL No está mal pensado.

HUGO Mario le dirá luego el santo y seña. Aún tenemos que madurar nuestro plan.

CHACAL Está bien. (Acercándose al mostrador.) Muchacha, dame una botella: pago al contado. (Arroja el Luis sobre la mesa.)

DAN. Sí, señor. (Le sirve lo pedido.)

MARIO Yo creo, señor Conde, que debeis marcharos cuanto antes.

HUGO Sí: tienes razón. (Se levanta. Al mismo tiempo suenan cinco golpes en la puerta de entrada.)

MARIO Sentaos. (Hugo se sienta. Abre la puerta Raul y entran en escena LEANDRO y GUSTAVO, dos apaches. El primero viste elegante abrigo y sombrero hongo.)

RAUL — Son Leandro y Gustavo.
MARIO — (*Aparte a Hugo.*) Mucho cuidado.
LEAN. — ¡Hola, buena gente!
GUS. — (*Secamente.*) Buenas.
RAUL — Venid con Dios.
MARIO — Buenas noches.
CHACAL — Dios te guarde, pequeño.
LEAN. — Hola, ¿estás contento, viejo Chacal? ¿Es que venteas sangre?
CHACAL — Venteo sangre y tengo delante una botella: figúrate.
LEAN. — ¿No ha venido aún Raftal?
RAUL — Aún no.
LEAN. — Quedó en reunirse con nosotros antes de las doce.
RAUL — Entonces no tardará.
GUS. — Muchacha, danos de beber.
CHACAL — (*A Daniela.*) Cóbrales bien, muchacha, que paga el Conde de Montreux. (*Ríen Leandro, Gustavo y Chacal. Hugo deja caer el vaso que se disponía a beber.*)
MARIO — ¡Alegría, querido Jain! Eso es buena señal. Otro vaso. (*Le llena el vaso nuevamente.*)
HUGO — ¿Has oído? (*En voz baja a Mario.*)
MARIO — (*Idem.*) ¡Calma!
CHACAL — Ya he leído que no te hará retirar de los negocios el golpe de anoche. Buena plancha, pequeño. (*Ríe.*)
GUS. — Eso, allá Raftal; nosotros no hicimos más que secundarles. El golpe de anoche fué un golpe de preparación. Si el plan de Raftal cristaliza, también habrá trabajo para tí, no te rías.
CHACAL — ¿Para mí? Habla.
LEAN. — (*Fijándose en Hugo.*) ¿Se puede hablar?
CHACAL — (*Por Hugo.*) Es un amigo de Mario.
MARIO — No temas, Leandro; es uno de los nuestros, respondo por él.
LEAN. — Basta. Pues sí, Chacal; esta noche vamos a tratar de un negocio de los que a tí te gustan. Hay peligro, pero habrá buena ganancia.
CHACAL — Me place.
LEAN. — Se trata de mandar al otro barrio a una gloria de nuestra patria; a una gloria de la ciencia moderna.

CHACAL ¿No se trata más que de uno? ¡Bah!

LEAN. Uno que vale por muchos, Chacal. Se trata nada menos que de dar muerte al Conde Hugo de Montreux. (Hugo mira a Mario y éste le suplica con el gesto que se calme.)

CHACAL ¿Dónde y cuándo?

LEAN. Aguarda la llegada de Raftal; muy pronto conocerás nuestro plan al detalle. Acaso tengas que trabajar esta misma noche.

CHACAL (Bebiendo.) ¡Ojalá! (Brindando.) Vaya este trago por la gloria eterna del Conde de Montreux.

GUS. Raul, la baraja; vamos a jugarnos esta botella.

CHACAL Con otra mía.

LEAN. Sea.

RAUL Dadme parte. (Se ponen a jugar en una mesa de la izquierda.)

MARIO (Aparte al Conde.) Es preciso que os marchéis ahora mismo, señor Conde.

HUGO No. Han sido estos los que me robaron anoche, y es necesario que yo recupere ese documento. Además, precisa que yo me entere de lo que proyectan contra mí.

MARIO Es que peligra vuestra vida, señor Conde.

HUGO No, espera. (Saca una cajita y de ella una pequeña jeringuilla hipodérmica.)

MARIO ¿Qué es eso?

HUGO Un arma poderosísima que ha de librarme de la muerte. (Se pone una inyección.)

MARIO ¡Una inyección!

HUGO Sí. (Guarda la cajita.) Aguarda un instante. (Queda un momento como traspuesto, estira luego los brazos, se seca después el sudor y adopta, por último, su postura normal.) Ahora, y contando con tu amistad, no tengo ya que temer por mí.

MARIO No comprendo.

HUGO Yo no puedo explicarte científicamente lo que es esta inyección, porque careces de la preparación necesaria para comprenderlo; sí te diré los efectos que produce para que estés prevenido y veles por mí si fuese necesario.

MARIO Diga.

HUGO Gracias a este líquido que acabo de inyectarme, si ahora se pusiera una sola gota de

mi sangre en contacto con el aire, se contraerían mis músculos de un modo horrible y me produciría una muerte aparente durante ochenta horas, transcurridas las cuales bastaría que otra gota de mi sangre se pusiera en contacto con el aire para que yo volviese a la vida plenamente. Es decir, que en este momento un pinchazo insignificante me haría caer como herido como el rayo, y si al transcurrir las ochenta horas no me hacía nadie una pequeña herida, poco a poco, lo que sólo era una muerte aparente, se convertiría en muerte efectiva.

MARIO ¡Qué horror!

HUGO Si tú no estuvieses aquí y yo no tuviese en tí plena confianza, jamás hubiera hecho uso de esta inyección, porque como la muerte aparente en nada se distingue de la real, si no hay una persona que esté en el secreto, equivaldría la inyección a un suicidio.

MARIO Bien, pero si una mano fuerte le hiriera..

HUGO Es tan violenta, tan rápida la contracción muscular, que por mucha que fuera su fuerza, sólo unos milímetros penetraría el puñal en mi cuerpo.

MARIO Es asombroso. Vivir muerto durante ochenta horas.

HUGO Esa es la frase, vivir muerto.

MARIO Y no hay manifestación ninguna...

HUGO En los experimentos hechos por mí, he podido observar que cada diez o doce horas sufre el organismo una tremenda convulsión, un estremecimiento momentáneo, pero terrible; algo así como una sacudida espantosa. (Suenan dentro los cinco golpes de costumbre.)

MARIO ¿Será Raftal?

RAUL ¡Abre, Daniela!

DAN. (Que se ha quedado dormida, despierta.) ¡Va! (Abre.) (Entran en escena RAFTAL y NELCAUT. Raftal viene elegantemente vestido; parece un gran señor. Nelcaut, que es joven, es un pillete, una especie de Espinilla.)

MARIO (A Hugo.) Es él. Cuidado, señor Conde.

RAUL Aquí está Raftal.

RAFTAL Buenas noches. (Todos le contestan.) A ver... (Muy imperativo.) Daniela, vigila; que nadie nos importune.

DAN. Sí, señor. (Sube la escalera y hace mutis.)

RAFTAL Cierra, Raul. (A Leandro y Chacal.) Dejad eso vosotros.

(Raul hace funcionar una nueva palanca que cierra la puerta con nuevos pestillos.)

RAUL Ya está.

RAFTAL Dejad el juego he dicho.

CHACAL Es que aún no sabemos quién ha de pagar estas botellas.

RAFTAL Yo; no se discuta más. (Advirtiendo la presencia de Hugo.) ¿Quién es?

MARIO Un viejo amigo: Carlos Jain, compañero de cadena. Trae un negocio que puede valernos unas pesetas. Es hombre útil; sabe algo de química y mucho de medicina. En cuanto a seguridad, yo respondo de él.

RAFTAL Basta entonces. Acaso podamos utilizarle.

MARIO No desea él otra cosa.

RAFTAL Bien, hablemos, no hay tiempo que perder.

CHACAL Tú dirás.

RAFTAL Tengo un negocio en proyecto, compañeros, que si logramos realizarlo nos hará salir de apuros para mucho tiempo. Ya sabéis que con el lindo título de Marqués de Fobié, cuyos justificantes poseo, he logrado introducirme en casa del Conde Hugo de Montreux, y soy en ella tan útil como necesario. La Condesa, una pobre plebeya enriquecida, de quien el Conde hace maldito el caso, ha encontrado en mí el calor y el afecto que anhelaba, y me adora locamente Hace varios días me juró que si alguna vez era libre se uniría a mí. Y a este fin vamos. Este es un negocio con boda y todo; no me diréis que no es original.

(Risas.)

RAUL ¡Lo que tú no discurras!...

RAFTAL La primera parte de mi proyecto consistía en conocer el testamento del Conde. Hubiera sido una estupidez matar a éste y que luego la Condesa no resultara la heredera.

LEAN. ¡Claro!

MARIO Naturalmente.

RAFTAL Anoche, y con la ayuda de Laura Renon, nuestra aliada, logré introducir en casa del

Conde a Leandro y a Nelcaut, y ya sabemos a qué atenernos en lo que al testamento respecta. Dame acá los papeles, Nelcaut.

NEL. Toma. (Le entrega unos documentos.)

RAFTAL Aquí hay una copia del testamento de Hugo de Montreux. Deja la friolera de doce millones de francos: seis a su esposa y otros seis a su hija Gabriela, pero si alguna de las dos muriera la fortuna íntegra quedará a favor de la superviviente.

LEAN. Bonito negocio.

RAUL ¡Diantre!

GUS. ¡Doce millones de francos!

MARIO Bien vale la pena de trabajar con tino.

CHACAL Y si el golpe es completo... Si se hace desaparecer al Conde y a la hija...

RAFTAL A eso vamos, Chacal, a eso vamos. Jamás hice yo las cosas a medias. Además, que la muchacha me estorba. Nunca me ha mirado con simpatía y sería capaz de trastornar todos mis planes.

MARIO Oigamos lo que piensas.

RAFTAL El golpe es difícil, pero a grandes riesgos grandes ganancias. No creais que es fácil asesinar al Conde Hugo de Montreux. Por tratarse de un verdadero sabio en el que tienen puestos sus ojos todas las naciones, está excesivamente vigilado. Pero la Condesa, insconscientemente, va a servirnos de mucho, y además, ya lograremos que se culpe de su muerte a alguna nación enemiga, celosa de los inventos del Conde.

LEAN. Ese es el mejor camino.

RAFTAL No me preocupa tanto el Conde como su hija, y ésta me preocupa porque el teniente Klein, su prometido, es un hombre de mucha sagacidad y de mucho arrojo. Desconfía también de mi, y temo que la muerte del Conde, la desapraición de Gabriela y mi afán de boda le hicieran ver claro.

CHACAL Yo me encargo de él.

RAFTAL Despacio, Chacal, despacio. No todo se arregla con sangre. Es preciso que el Conde muera víctima de uno de sus experimentos científicos.

MARIO De eso puede encargarse Carlos Jain, si tú

logras intraducirlo en la casa. Ya te he dicho que sabe de química.

RAFTAL Podría ser una solución.

LEAN. Con respecto a la muchacha ya he dicho yo a Raftal mi opinión: secuestrarla y exigir por su rescate los seis millones de la herencia; Raftal influiría en el ánimo de la Condesa y negocio hecho.

RAFTAL No, no lo veo claro; hay que pensar mejor. No es eso seguro. Vosotros no conocéis al teniente Klein.

CHACAL Desengáñate, no hay más sistema que el mío; los muertos no delatan, ni reconocen luego en rueda de presos.

RAUL ¿Y solo robastéis anoche la copia del testamento?

LEAN. ¡Bah! Y un cofrecillo de filigrana de escaso valor y esos otros papeles, que maldito lo que valen.

RAUL ¿A ver? (Toma los papeles.) Esto es una escritura.

NEL. La compra de un castillo en Irlanda. Si quieres irte a él...

RAUL (Examinando un papel azulado.) ¿Qué es esto?

RAFTAL Un apunte, una cifra, acaso una fórmula, ¡qué sé yo!

MARIO ¿Una fórmula? Pues cuando tan guardada la tenía...

GUS. Dices bien. Acaso tenga algún mérito, porque ese brujo descubre cosas maravillosas.

RAFTAL ¿Crees tú?

MARIO Jain, tú que sabes química. Mira a ver. (A Raul.) Trae acá.

RAUL Toma.

MARIO (Examinando el papel.) Más parecen garabatos que otra cosa. Mira. (Da el papel a Hugo.)

HUGO (Cogiendo el papel nerviosamente y respirando satisfecho.) (¡Por fin!) (Lo examina afectando la mayor naturalidad.) ¡Bah! Acido cítrico... Agua destilada... Esto más bien parece una receta contra la hipocloridia... A ver si al trasluz... (Lo mira.) Tampoco.

RAFTAL Es extraño. No creo que una receta se guarde con tanta predilección.

HUGO Aguardad: el color del papel me hace sospechar...

MARIO ¿Qué?

HUGO (Examinándolo.) Sí. Existe un papel especialísimo en el que puede escribirse con cierto preparado metálico y en el que desaparece lo escrito sin dejar huella alguna aparente; pero luego, al ser quemado el papel, el fuego respeta las letras o signos que se escribieron y se puede leer perfectísimamente. Acaso aquí haya algo escrito que encierre verdadera importancia y esta fórmula haya sido puesta con el sólo objeto de despistar. Veamos. (Saca una cerilla y con mano temblorosa quema el papel que arde por completo.)

RAFTAL Nada.

HUGO En efecto: me había equivocado.

MARIO Hemos dejado al Conde sin su receta para la hipocloridia. (Ríe.)

NEL. Para lo que ha de durarle la enfermedad... (Nuevas risas.)

HUGO (Dejándose caer en su silla.) (¡Por fin!)

(Llaman precipitadamente a la puerta de entrada. Sorpresa en todos.)

RAFTAL ¡Silencio!

LEAN. ¿No vigila Daniela?

(Nuevos golpes. Nelcaut y Gustavo se preparan a la defensiva.)

RAUL Es ella quien llama. ¿Abro?

RAFTAL Pregunta primero.

RAUL (Sube a la escalera y habla sin abrir.) ¡Daniela!

DAN. (Dentro.) Padre.

RAUL (Como antes.) ¿Qué quieres?

DAN. (Dentro.) Es Laura Renon, que desea hablar con el señor Raftal.

RAUL (A Raftal.) ¿Lo has oído? Laura Renon que desea hablarte.

RAFTAL Es extraño. ¿Qué ocurrirá? (A Raul.) Abre.

MARIO (A Raftal.) ¿Esa Laura es la que está de doncella en casa de Montreux?

RAFTAL Sí.

(Hugo, procura ocultar su rostro lo más posible. Raul abre la puerta y entra LAURA.)

LEAN. Y bien se ha portado en esta ocasión.

LAURA Buenas noches.

RAFTAL Hola, muchacha. Qué diantre ocurre para que vengas a estas horas a buscarme.

LAURA Algo que interesa mucho a todos.

RAFTAL Habla.

LAURA Déjame descansar un momento.

RAFTAL Descansa y bebe. ¡Raul!..

RAUL Ya estaba en ello. (Le acerca un vaso que Laura apura de un tirón.)

RAFTAL Di lo que sea.

LAURA Ante todo: el conde Hugo de Montreux ha salido esta noche de su casa disfrazado.

RAFTAL ¡Hola!

HUGO (¡Maldita mujer!)

MARIO Es raro: un hombre como el Conde...

LEAN. ¿Tú le viste?

LAURA No. (Mario y Hugo respiran.) Lo sé porque he sorprendido una conversación entre Gabriela y el teniente Klein, su prometido.

RAFTAL Qué oíste: pronto.

LAURA Poco a poco, querido Raftal: el decirte lo que oí puede valernos mucho dinero, y no he de repetirlo sin que tú me asegures la tercera parte de lo que ha de valerte mi revelación.

RAFTAL ¿Condiciones a mí?

LAURA ¿Y por qué no? Cada uno debe ganar según trabaja, y lo que yo vengo a decirte puede valerte ahora mismo tres millones de francos.

RAFTAL ¿Tres millones de francos?

LAURA Sí.

RAFTAL ¿Te has vuelto loca?

LAURA Jamás estuve más cuerda, querido Raftal. Conque tú dirás si aceptas o no.

RAFTAL Pierdo tan poco diciéndote que sí, que acepto: habla.

LAURA Sea. Anoche, sin saber lo que robabas, has sustraído de la caja de caudales del Conde la fórmula del tóxpiro Montreux.

(Asombro en todos.)

RAFTAL ¿Qué dices?

LAURA El Conde cree que el robo de anoche lo han cometido espías ingleses o alemanes, pues hace unos meses ofrecieron a Crevillat, su ayudante, tres millones de francos por una copia de la famosa fórmula. Conque ya ves si puedes enriquecerte gracias a mi trabajo.

RAFTAL (Nervioso.) A ver, ¿dónde están los documentos?

RAUL — Aquí.
(Raftal busca infructuosamente.)

LAURA — La fórmula está escrita en un papel azulado y para leerla basta con humedecer un poco el papel.

RAFTAL — ¿En un papel azulado? (Descargando un golpe sobre la mesa y levantándose lívido.) ¡Ira de Dios! (Frente a Hugo.) ¿Qué has hecho, miserable? (Hugo retrocede un paso.) ¡Contesta!... (Pausa.)

LAURA — ¿Qué ocurre?

RAFTAL — Con cien muertes no pagarías el daño que has hecho. (Se arroja sobre las cenizas del papel.)

LAURA — ¿Pero qué sucede?

MARIO — Este imbécil que acaba de quemar tres millones de francos.

LAURA — ¡¡Dios mío!!

HUGO — Yo ignoraba...

LAURA — ¿Esa voz?... ¡Ah!

TODOS — ¿Eh?

LAURA — (Fijándose en Hugo.) ¡Sí!

RAFTAL — ¡Aguarda!
(Se hace un profundo silencio. Raftal se acerca poco a poco a Hugo y éste retrocede. Mario, disimuladamente, saca un puñal, y, Chacal, que no pierde a Mario de vista, saca también su puñal y se coloca tras él.)

HUGO — (Estoy perdido.)

RAFTAL — Saca tus manos de los bolsillos, Carlos Jain. (Hugo obedece.) ¿Por qué tiemblas y huyes? Si quemaste ese papel inconscientemente, ¿qué te hace temblar? (Arrancándole la barba postiza de un tirón.) ¡Fuera caretas, señor Conde! ¡Basta de disfraces!
(Asombro en todos.)

LEAN. — ¡¡El Conde Hugo de Montreux!!

MARIO — (¡¡Maldición!!)

RAFTAL — Está bien, señor Conde. Está bien. (A los demás, que hacen un movimiento de acometividad.) ¡Quietos!

RAUL — Es que...

RAFTAL — (Imperiosamente.) ¡Quietos he dicho!

HUGO — Sí: yo soy, en efecto, he querido a todo trance hacer desaparecer esa fórmula para evitar que pudiera caer en manos enemigas. Si el ser ante todo un buen patriota merece castigo, estoy en vuestro poder: castigadme.

RAFTAL — Nosotros no entendemos de patria, señor Conde. Somos más modernos en nuestro modo de pensar; nuestra patria es el mundo. Esas sensiblerías patrioteras no encuentran ambiente en la taberna de Raul.

HUGO — ¿Qué queréis de mí? ¿Dinero? Ya conocéis la cuantía de mi fortuna. Fijad la cifra. Esta mujer (Por Laura.) puede acompañarme y ella misma os traerá cuanto pidais.

RAFTAL — Voy a creer, señor de Montreux, que nada hay más tonto que un sabio. ¿Después de lo que habéis escuchado aquí esta noche pretendéis que os dejemos salir?

HUGO — ¿Por qué no? Si pago el precio que fijéis y vosotros me prometéis olvidaros de mí, ¿por qué no he de olvidar yo cuanto aquí he oído? Por apoderaros de mi fortuna habíais pensado matarme y asesinar a mi hija; pues bien, mi fortuna es vuestra: os pertenece desde ahora. ¿Qué necesidad tenéis de matar? (Raftal sonríe.)

NEL. — Nos cree tan imbéciles como él.

GUS. — Tiene gracia.

LEAN. — Estaría bueno.

RAFTAL — Ya oís la opinión de mis amigos, señor Conde. No creen en el canto de las sirenas.

MARIO — ¡Qué hemos de creer! Volvería a engañarnos. Porque yo os juro que he creído firmemente que era Carlos Jain, mi antiguo compañero de cadena.

CHACAL — (Dándole una puñalada en el corazón.) Calla, traidor: si te tiembla la voz al mentir. (Laura da un grito.)

MARIO — ¡¡Ah!!... (Cae moribundo.)

HUGO — (¡Dios mío!)

RAFTAL — ¿Qué has hecho, Chacal?

CHACAL — Era un miserable.

RAUL — (Por Mario.) Muerto. El golpe fué certero, Chacal.

CHACAL — Yo no yerro nunca.

HUGO — (¡El! ¡Muerto! ¡Y no tengo a quién confiar el secreto de la inyección! ¡Dios mío!...) (Intenta sacar un revólver, pero Nelcaut que le acecha, le sujeta y le atenaza.)

NEL. — Despacio, señor Conde.

HUGO — Suéltame, miserable.

NEL. Perdone su excelencia, pero no me es posible.

RAFTAL Atadle fuertemente.

HUGO No es necesario: ni quiero huir ni defenderme; veo que es inútil.

RAFTAL Atadle he dicho.

(Le atan.)

HUGO ¡No aprietes, que podrías herirme!

CHACAL ¿Tanto le asusta la sangre, excelencia?

HUGO ¡Basta! ¿Qué pretendéis hacer de mí?

RAUL Los preparativos son como para arrojaros al Sena.

HUGO (Horrorizado.) ¡No! (Forcejea y grita.) ¡A mí!

NEL. ¡Quieto!

HUGO (Forcejeando cada vez más.) ¡Miserables!

RAFTAL Amordazadle.

NEL. ¡Quieto he dicho!

LEAN. Ponedle un puñal a cada lado, ya vereis cómo no intenta moverse.

CHACAL A ver ahora.

HUGO (Gritando.) ¡Socorro!...

CHACAL ¡Calla! (Le pincha. Hugo da un grito, se estremece violentamente y queda como muerto.)

NEL. ¿Qué es esto?

GUS. ¡Dios!

RAFTAL ¡¡Chacal!!

CHACAL Nada; un ligero arañazo: míralo.

RAFTAL Es verdad. Pero... Este hombre no vive, Raul.

RAUL ¿No vive? (Lo examina.) En efecto.

LEAN. ¡Muerto!

LAURA ¡¡Muerto!!

RAFTAL Después de todo... ¡Bah! Nos ha evitado trabajo.

RAUL ¿Qué hacemos?

RAFTAL Desatadle. (Lo hacen) Llevaos a los dos por la galería subterránea y al Sena. Como no tiene herida, su muerte parecerá casual.

RAUL Vamos.

RAFTAL Aguardad un momento. Brindemos antes por mi próxima boda con la Condesa Hugo de Montreux. ¡¡Hurra!

TODOS ¡¡Hurra!!

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El rapto de Gabriela

Un salón elegantemente amueblado. En el lateral izquierda primer término amplia puerta con cristalera. En segundo término y en chaflán una gran chimenea. En el foro un arco practicable que da acceso a otra habitación. Un gran tapiz, corradizo, oculta esta habitación a los ojos del espectador. En el lateral derecha dos puertas. Es de día.

—

(Al levantarse el telón están en escena la CONDESA DE MONTREUX, una gran señora como de cuarenta años, vestida de luto riguroso, y FRAZN, criado de frac y calzón corto)

FRAZN (Anunciando desde la primera puerta de la izquierda.) Los señores de Lorman.

(Entran en escena DON CARLOS y LUISA, un elegantísimo matrimonio. Ambos peinan canas.)

LUISA (Abrazando a la Condesa, triste y efusivamente.) ¡Condesa!

COND. ¡Amiga mía! (Pausa.)

CARLOS (Besando la mano que le alarga la Condesa.) Señora...

COND. Sentaos.

LUISA ¡Qué horror! ¡Condesa!... ¡Qué horror! (La Condesa se seca una lágrima.)

CARLOS Yo, lo confieso, señora; no sirvo para dar un pésame. Es decir, sirvo para decir los lugares comunes en uso, cuando la desgracia no me afecta intensamente; pero en casos como el actual, cuando la desgracia me produce

verdadero dolor, no encuentro la frase justa, Condesa.

COND. Gracias, Carlos; muchas gracias.

CARLOS Los compañeros de academia me han comisionado para traer hasta usted el sentir de la corporación por esta pérdida que no es llorada solamente por ustedes y por nosotros, sino por la nación entera. Ha muerto el más preclaro de los hijos de Francia.

COND. ¡Y de qué manera, amigo mío!

LUISA Si es cierta la especie que circula por ahí...

COND. ¡Oh! No. Alguien creyó al principio que podía haber sido víctima de un crimen, pero ulteriores indagaciones han hecho descartar esta opinión. No hay en su cuerpo señal alguna de violencia ni faltaba en sus ropas ninguno de los objetos de valor que llevaba consigo. Los médicos opinan que ha sucumbido víctima de un ataque cardíaco. Afirman que antes de caer al Sena ya estaba muerto.

CARLOS ¿Pero cómo ha sido encontrado su cadáver en el Sena? Eso es lo que nadie se explica.

COND. Hugo era un hombre algo extraño; le gustaba pasear solo y escogía siempre los parajes más solitarios. Además, y ahora lo hemos descubierto, era morfinómano. En uno de sus bolsillos se ha encontrado una jeringuilla con restos de un preparado de morfina.

LUISA ¡Pobre Conde!

CARLOS Sin embargo, yo no dejaria de investigar...

COND. ¡Oh! Ya estamos en ello. La policía continúa haciendo pesquisas y un excelente amigo nuestro, el Marqués de Fobié, ha encargado el esclarecimiento de este hecho a un policía particular que goza de grandísimo prestigio.

LUISA ¿Y Gabriela?

COND. La pobre Gabriela no se separa un instante del lado de su padre. En unión de Luis Klein, su prometido, le ha velado durante toda la noche. No sé cómo tiene fuerzas. Ella misma le amortajó y no ha consentido que nadie se acerque al cadáver. Está como loca.

LUISA ¡Le quería tanto!...

CARLOS El entierro es a las seis, ¿no?

COND. Sí. Hemos logrado, no sin grandes esfuerzos,

que supriman el requisito de la autopsia. ¡Hubiera sido horrible!

LUISA ¡Horrible!

FRAZN (Por la derecha, anunciando.) El señor Marqués de Fobié.

(Por la primera puerta de la derecha entra RAFTAL. Viene de levita, elegantísimo.)

RAFTAL ¿Condesa? (Le besa la mano.)

COND. (Presentando.) Los señores de Lorman... (Saludos.)

RAFTAL ¿Y Gabriela? ¿Se ha retirado por fin a descansar?

COND. Continúa como usted la dejó, Marqués.

RAFTAL Esa pobre criatura va a caer enferma, sin duda alguna. No es posible imaginar una resistencia física tan grande. Es admirable.

COND. (Al ver que Frazn no se ha retirado y que continúa en la puerta rígido como una tranca.) ¿Quería usted algo, Frazn?

FRAZN Decir a la señora Condesa que esos dos hombres, los que hallaron en el Sena el cuerpo del señor Conde y lo trajeron hasta la casa, desean hablar a la señora Condesa.

COND. ¡Pobrecillos! Sí; voy. (Se levanta.)

RAFTAL ¡Oh! ¿Pero por qué se incomoda, amiga mía? Recíbalos aquí mismo. No ha de molestarnos, a mí por lo menos, la presencia de esos dos pobres ancianos.

CARLOS Dice bien el Marqués.

COND. (A Frazn.) Hágales pasar aquí. (Vase Frazn.)

RAFTAL Es extraordinario el rasgo de honradez de esos pobres hombres. Hallar un cadáver en el Sena y no despojarle de ninguno de los objetos de valor que llevaba en sus ropas. Tal proceder, tratándose de dos desgraciados, que acaso carecían en aquel momento de un trozo de pan que llevar a sus bocas, me ha impresionado vivamente.

CARLOS Es muy loable tal conducta, ya lo creo.

COND. Nos han hecho un gran beneficio.

FRAZN (Siempre por la derecha.) ¿Señora?... (Se aparta y deja entrar a CHACAL y a RAUL. Los dos vienen con las ropas de los días festivos, que se diferencia muy poco de la de los días laborables. Ambos afectan cierta timidez, que están muy lejos de sentir. Frazn se retira.)

COND. Entrad. Acercaos.

CHACAL Perdone la señora y la... compañía si venimos a importunarles.

COND. No, buen hombre, no.

CHACAL Y perdone también si uno en su rudeza no sabe expresarse como es debido; pero...

COND. Decid, decid lo que quereis de mí.

CHACAL Pues... nada, que el mayordomo nos ha dicho que la señora iba a gratificarnos por lo de ayer y yo le dije a éste, de buena gana yo le pediría un favor a la señora y éste me dijo, si es de lo que hemos hablado, pídeselo; y yo le dije, pues vamos, y él me dijo: pues anda... Y aquí estamos.

RAFTAL ¿Os parecen pocos los mil francos que piensa daros la Condesa?

CHACAL Nosotros no queremos dinero, señor.

RAFTAL ¿Eh?

RAUL No, señor, caballero. Lo que nosotros hicimos lo hicimos porque debimos hacerlo. Cualquiera hubiera hecho otro tanto. Nuestra acción no merece recompensa.

RAFTAL Sin embargo...

CHACAL No es dinero lo que nosotros deseamos; es protección. Somos ancianos, señora; casi no podemos ya con lo penoso de nuestro trabajo. (Por Raul.) Este está enfermo...

COND. ¡Desgraciados!

CHACAL Las faenas del agua son rudas! y mal pagadas.

RAUL Ya no nos quieren ni nos solicitan.

CHACAL La señora tiene muy buen corazón y podría amparar en su propia casa a estos dos pobres viejos.

RAUL Con asegurar el pan teníamos bastante.

CHACAL ¡Nos han dicho que la señora es tan buena! Por eso yo le dije a éste... vamos.

RAUL Y yo le dije a éste... anda.

LUISA (Conmovida.) Infelices. (La Condesa se seca una lágrima.)

RAFTAL (Fingiendo cierta afectación.) Conmueve el oirlos. Toda una vida de trabajos y de angustias y luego, la miseria, el desamparo... ¡Pícara vida!

CARLOS Es verdad.

COND. No saldreis de mi casa, si ese es vuestro deseo.

CHACAL ¡¡Señora!!

COND. Nunca os faltarán en ella ni trabajo ni protección. Quiero recompensar de esta manera vuestro servicio y vuestra honradez.

RAUL ¡Gracias, señora! No sabe cuán de corazón se las damos.

COND. Basta. En el jardín hay un pabellón vacío, podeis instalaros en él en tanto determinamos definitivamente.

CHACAL ¡Dios pagará a la señora Condesa el bien que nos hace!

FRAZN (Por la derecha.) ¿Señora? En el salón están los señores de Klein y la baronesa de Astol. También aguarda las órdenes de la señora el señor Bordolet.

COND. ¿Bordolet?

RAFTAL ¡Ah! Es el policia particular de quien le hablé. ¡Si quiere usted que yo le reciba!...

COND. Se lo agradeceré muchísimo, Marqués.

RAFTAL (A Chacal y Raul.) Quedaos: acaso quiera interrogaros.

COND. (A Luisa y Carlos.) ¿Vamos nosotros?

LUISA Vamos.

COND. Hasta luego, Marqués.

RAFTAL (Aparte a la Condesa.) Su rasgo de bondad para con esos desgraciados me ha demostrado una vez más la delicadeza de su corazón. (Le besa la mano. Carlos y Luisa saludan y hacen mutis con la Condesa por la segunda puerta de la derecha. A Frazn.) Que pase el señor Bordolet. (Vase Frazn.)

CHACAL (A Raftal.) Ya has visto...

RAFTAL (A media voz.) ¡Silencio! En esa habitación está Gabriela velando el cadáver del Conde. (Chacal se estremece y hace un gesto de disgusto.) ¿Le temes a los muertos, imbécil?

CHACAL A ese sí. No parece un cadáver, y además que... (Vuelve a estremecerse.)

RAUL Tú estabas borracho, Chacal.

CHACAL Yo estaba borracho, no lo niego, pero cuando le sacamos del agua y le tendimos sobre la tierra....

RAFTAL ¿Qué?

CHACAL Un segundo rechinaron sus dientes y contrajo los brazos y los estiró de pronto y con una fuerza que no sé cómo no se le desprendieron del cuerpo.

RAUL. ¡Calla, estúpido!

RAFTAL (Al ver que se mueve el tapiz del fondo.) ¡Silencio!

LAURA (Descorriendo una chispa el tapiz y asomando la cabeza.) Soy yo. La señorita Gabriela ha ido un momento al teléfono llamada por su prometido y me ha dejado aquí para que nadie se acerque al cadáver del señor Conde.

RAFTAL ¿Has oído algo?

LAURA Nada.

RAFTAL ¿Está Nelcaut en su puesto?

LAURA Sí, debe estar. En la casa se halla, por lo menos.

RAFTAL Bien: Chacal y Raul están ya admitidos como deseábamos. Vamos a dar el golpe esta tarde, ya sabes lo que tienes decir.

LAURA Sí.

RAFTAL Ahora hablaremos con Leandro. Vete. Cuando Gabriela llegue a esa estancia, avísanos agitando la cortina.

LAURA Está bien. (Desaparece.)

RAFTAL No quites ojo de la cortina, Raul.

RAUL Ya estoy en ello.

RAFTAL (Que oye pasos.) Cuidado.

FRAZN. (Por la derecha, anunciando.) El señor Bordolet.
(Entra Leandro y vase Frazn.)

LEAN. (Viene de chaqué.) Querido Marqués... (Saludos.)

RAFTAL (Después de cerciorarse de que nadie le escucha.) Podemos hablar.

LEAN. ¡Qué!

RAFTAL Todo va bien. Nadie sospecha una palabra. Estos han sido admitidos en la casa.

LEAN. Entonces...

RAFTAL Sí: el rapto es sencillísimo. Gabriela está rendida de fatiga, a nadie extrañará que se retire a sus habitaciones: de manera que en cuanto haya ocasión (a Chacal y Raul) os apoderáis de ella en la forma que os dije y la lleváis a su propio cuarto, bajáis al jardín y no subáis por ella hasta bien entrada la noche y cuando Laura os avise. El auto estará cerca.

RAUL Y la llevamos a mi casa, ¿no?

RAFTAL Sí.

CHACAL ¿Crees tú que la Condesa dará los tres millones por el rescate?

RAFTAL Aconsejándoselo yo...

LEAN. ¡Y yo!

RAFTAL Ahora, idos al jardín. ¡Pronto! ¡La cortina se mueve! (Chacal y Raul hacen mutis por la puerta de la izquierda.)

RAFTAL (A media voz a Leandro.) Es extraño; Gabriela no se separa un instante del lado del cadáver y no consiente que nadie se acerque a él. ¿Qué te parece?

LEAN. Que algo más que el cariño le obliga a proceder así.

RAFTAL Creo lo mismo. Algún misterio encierra esa determinación. Hay que descubrir ese misterio.

LEAN. Ven. Mi carácter de policía justificará a sus ojos mi curiosidad.

RAFTAL Tienes razón.

LEAN. (Descorriendo la cortina del fondo.) ¿Dice usted, Marqués, que está aquí el cadáver del infortunado Conde?

RAFTAL En efecto. (Al ser descorrida la cortina se ve una habitación colgada de negro. Sobre un lecho, lujosísimo, hay una caja mortuoria, de esas que por lo ricas y bien cuadradas, parecen más que un porta fiambres, un vetusto arcón de sacristía, Junto al lecho hay una butaca y en ella estara GABRIELA DE MONTREUX, una muchacha como de veinte años, vestida de negro. Esta Gabriela acciona con majestad y habla con energía.)

GAB. (Levantándose e impidiendo con el ademán la entrada de Raftal y Leandro.) ¿Qué desean ustedes?

RAFTAL Perdón, Gabriela. El señor Bordolet, policía inteligentísimo que ha tenido la fortuna de aclarar muchos misterios, está encargado por la Condesa de hacer cuantas averiguaciones estime necesarias, para descifrar este enigma de la muerte del Conde y deseaba inspeccionar un instante su cadáver.

LEAN. En efecto, señorita: suele haber detalles que pasan inadvertidos a los ojos de los profanos y, que sin embargo, constituyen para un profesional puntos de partida, interesantísimos para inducir y deducir.

GAB. Perdóneme. No creo necesarias esas averiguaciones, ni en este momento, ni en este lugar.

LEAN. Bien; pero es que...

GAB. En la muerte de mi padre no hay enigma alguno. Los médicos han certificado que su muerte ha obedecido a una enfermedad del corazón. No es preciso averiguar nada.

RAFTAL Sin embargo, Gabriela...

GAB. No insista usted; Marqués. Inspeccionar el cuerpo de mi padre me parece irreverente. Le suplico que no insista.

RAFTAL Perdón, Gabriela.

LEAN. Perdón también, señorita.

RAFTAL (A Leandro.) ¿Desea usted interrogar a alguien de la casa?

LEAN. Sí; al ayudante del señor Conde.

RAFTAL Vamos. (Indicándole la primera puerta de la derecha.) Por aquí.

LEAN. (Inclinándose respetuosamente ante Gabriela.) ¿Señorita?... (Raftal se inclina igualmente.)

GAB. (¡Siempre ese hombre! ¡¡Ese hombre!!) (Al hacer mutis Raftal y Leandro se cruzan con LUIS KLEIN, que entran en escena por la misma puerta. Raftal y Leandro le saludan friamente y hacen mutis. Este Luis Klein, es un muchacho como de veinticinco años. Viste uniforme de teniente de cualquier arma; da lo mi mismo.)

LUIS ¡Gabriela! ¿Qué ocurre? ¿Por qué me has mandado llamar?

GAB. Perdona, Luis mío. No te he dejado descansar ni una hora.

LUIS ¡Bah! Tú eres la que debías estar descansando como me prometiste. Más lo necesitas que yo. No sé cómo tienes fuerzas.

GAB. Me van faltando, Luis. Apenas me siento, se cierran mis párpados, y me rinde el cansancio y la fatiga.

LUIS ¿Pero por qué esa conducta, Gabriela? ¿Podrán acaso tus desvelos dar nuevamente la vida a tu pobre padre?

GAB. Es que... (Cerciorándose de que nadie la escucha.) Tú no sabes... Sentémonos aquí. (Se sientan cerca de la chimenea.) Voy a revelarte un secreto, Luis.

LUIS ¿Un secreto?

GAB. Ante todo te diré que tengo la certeza de que los que robaron la otra noche la fórmudel tóxpiro Montreux, ignoran la importancia del documenro que robaron.

LUIS ¿Crees tú?

GAB. Sí: el apoderarse de la fórmula no fué el movil del robo.

LUIS ¿En qué te fundas?

GAB. Escucha. Hace un instante me ha dicho Crevillat, el ayudante de mi padre, que esta mañana, los representantes de esas naciones que tienen interés en adquir la fórmula del tóxpiro, le han hecho nuevas proposiciones para adquirirla. Ese espía inglés de quien nosotros sospechábamos, ha ofrecido por la fórmula cuatro millones de francos.

LUIS Entonces... ¡Claro! Sí: soy de tu misma opinión. Si tuviesen el documento, no ofrecerían..

GAB. ¿Verdad?

LUIS ¿Y sigues creyendo que tu padre ha muerto asesinado?

GAB. Sí.

LUIS Es una insensatez pensar así, Gabriela. Ya has oído el parecer de los médicos.

GAB. Es que tú ignoras un detalle, Luis, y ese es el secreto que voy a revelarte.

LUIS Dí: me inquietas.

GAB. Espera. (Se levanta y vuelve a cerciorarse de que nadie la escucha.)

LUIS Habla, por Dios.

GAB. (Sentándose de nuevo.) Hace unos meses y a raíz de haber descubierto mi padre la célebre fórmula de su tóxpiro, temeroso de que alguien pudiera robársela, se hizo tatuar la fórmula en el brazo derecho.

LUIS ¿Eh?

GAB. Como para mí nunca tuvo secretos, me reveló lo que acababa de hacer, añadiendo que deseaba bajar a la tumba con aquella señal honrosa, llevando en su propio cuerpo aquellos signos que habían de hacer de nuestra patria una nación invencible.

LUIS Y tú crees que alguien le asesinó para copiar de su brazo...

GAB. Sí.

LUIS ¿Sabía alguien más que tú lo del tatuaje?

GAB. Sí.

LUIS ¿Quién, di?

GAB. Crevillat, de quien no hay que dudar y un

pobre hombre, un tal Mario Liñán en quien mi padre tenía plena confianza. Un desgraciado a quien el había salvado la vida.

LUIS Entonces...

GAB. ¿Qué piensas?

LUIS Sin embargo, Gabriela; en su cuerpo no se han advertido señales de violencia, según tú misma has podido observar. ¿Examinaron los médicos el cadáver?

GAB. No; no lo he consentido. Entre Crevillat y yo le amortajamos. He impedido a todo trance que le examinen y le inspeccionen. Había que evitar que viesen lo del tatuaje. Por eso no me separo un momento de aquí, y hasta he vendado fuertemente su brazo para evitar una sorpresa.

LUIS Has hecho bien. Toda precaución es poca. Es el porvenir de nuestra patria y la gloria del Conde de Montreux lo que defiendes.

GAB. Yo misma he copiado de su brazo la fórmula y la he hecho guardar en nuestra caja del Banco.

LUIS Insisto, Gabriela, en que la muerte de tu padre ha sido casual. Tenía el Conde demasiado talento y no cabe suponer que dijese al pobre diablo que le tatuó la fórmula, que aquellos signos era la clave de su tóxpiro. No; no es posible. Además, las nuevas ofertas hechas a Crevillat... Desecha, desecha esa idea, Gabriela; no es posible.

GAB. Sin embargo, no estoy tranquila. Hasta que la acción del tiempo no destruya, no pulverice ese brazo que con tanto cariño me bendecía, no volverá la tranquilidad a mi espíritu. Por otra parte nos rodean personas que no me inspiran confianza. Ese Marqués de Fobié... tan solícito con mi madre...

LUIS Nadie me da noticias de ese provenzal; nadie le conoce; son justas tus sospechas y tus desconfianzas.

GAB. Por eso quiero pedirte un favor, Luis.

LUIS ¿Un favor a mí? ¿que podrás tú pedirme que yo te niegue?

GAB. Escucha. Dentro de un momento será el entierro de mi padre. No quiero presenciarlo, no tengo valor para ello.

LUIS ¡Pobre Gabriela!

GAB. Cuando su cuerpo salga para siempre de esta casa, no podré ya vigilarle como ahora le vigilo, y sólo permaneceré tranquila sabiendo que le vigilas tú. Es el porvenir de nuestra patria y la inmortalidad de mi padre la que te confío.

LUIS No temas.

GAB. Durante las horas del día, Crevillat guardará el panteón de los Montreux; durante las horas de la noche es necesario que le guardes tú. Es cuestión de unos días, pero toda previsión me parece poca, Luis.

LUIS Tranquilízate. Yo velaré cuantas noches estimemos necesarias.

GAB. Gracias, Luis mío.

LUIS Y ahora, ¿por qué no te retiras a descansar? Te rinde la fatiga, Gabriela.

GAB. Sí, pronto. Luego; todavia no.

FRAZN (Por la derecha.) ¿Señor Klein?...

LUIS ¿Qué, Frazn?

FRAZN Los padres del señor están en el salón con la señora Condesa y desean hablar con el señor.

LUIS Dígales que voy en el acto. (Vase Frazn.) Es un instante, Gabriela. (Al ver que Gabriela cierra los ojos.) ¡Gabriela!

GAB. (Sin fuerzas.) ¡Dios mío!

LUIS Anda, ven: aquí estarás más cómoda (La lleva a la butaca que hay junto al lecho y la sienta.) No puedes más.

GAB. Sí; puedo aún.

LUIS Eres admirable. (Le besa la mano tristemente y hace mutis por la segunda puerta de la derecha.)

GAB. (Llamando débilmente.) ¡Laura!... ¡Laura!...

LAURA (Entrando.) Señora.

GAB. Un poco de agua. (Laura le da un vaso con agua y Gabriela bebe un sorbo.)

LAURA Descanse la señorita: estoy aquí yo.

GAB. No, deja. No... (Cierra los ojos.)

LAURA Se está nublando de un modo... Yo creo que vamos a tener tormenta... (Gabriela no contesta.) Se ha dormido. (Queda de pie cerca de Gabriela. En efecto, disminuye un poco la luz de la escena. Un momento de pausa y por la chimenea asoma la cabeza Nelcaut, se cerciora de que no hay nadie y arrastrándo-

se por el suelo se asoma a la habitación del fondo y llama quedamente.)

NEL. ¡Laura!

LAURA (Viéndole.) ¡Tú!

NEL. Silencio.

LAURA ¿Qué quieres?

NEL. Busca inmediatamente a Raftal y dile que venga.

LAURA Es que...

NEL. ¡Vamos! No hay tiempo que perder. ¡Pronto.

LAURA Aguarda. (Nelcaut le dice por señas que le espera en la chimenea y vuelve a ocultarse donde y como estaba. Laura, sin hacer ruido, se va por la segunda puerta de la derecha.)

FRAZN (Por la primera puerta de la derecha, con otro Criado. Traen un paño negro galoneado y con un escudo en el centro.) Ven, ayúdame.

CRIADO ¿Qué es?

FRAZN Es el manto de la Academia de Ciencias. Parece que es costumbre... (Al ver a Gabriela dormida.) No hagas ruido; la señorita está dormida. ¡Pobre señorita! Anda. (Entre los dos cubren la caja con el paño.) Ya está. (Se van por la derecha primera puerta.)

(Con todo género de precauciones entran por la derecha, segunda puerta, LAURA, RAFTAL y LEANDRO.)

LAURA Aguardad. (Se asoma a la habitación del fondo.) Sigue dormida.

RAFTAL Bien. ¿Dónde dices que está Nelcaut? (Laura indica por señas que en la chimenea.) Vigila, tú. (Laura se coloca cerca de Gabriela.) Tú, Leandro, cuida de esas puertas y avisa. (Leandro obedece. Raftal se sienta cerca de la chimenea y llama quedamente.) ¡Nelcaut! (Nelcaut asoma la cabeza.) ¿Qué ocurre?

NEL. Algo muy interesante que decirte.

RAFTAL Habla.

NEL. Acabo de escuchar una conversación entre Gabriela y el teniente Klein.

RAFTAL Y bien.

NEL. El Conde tiene tatuada en el brazo derecho la fórmula del tóxpiro.

RAFTAL ¿Eh?

NEL. Por eso vigilan su cuerpo de ese modo. (Gabriela se mueve y suspira.)

RAFTAL (Levantándose.) ¡Silencio! (Nelcaut se oculta. Raftal

se asoma a la habitación del fondo y Laura le dice por señas que no hay cuidado. Vuelve junto a la chimenea y llama de nuevo.) ¡Nelcaut!...

NEL. (Asomando de nuevo.) Qué.

RAFTAL Sigue.

NEL. Ofrecen por una copia de la fórmula cuatro millones de francos.

RAFTAL ¡Cuatro millones!

NEL. Sí. Y es preciso copiarla aquí mismo, porque el panteón de los Montreux va a ser vigilado día y noche.

RAFTAL Sí; es necesario. Tú te encargarás de ello una vez que raptemos a Gabriela. Aguarda. (Hace señas a Laura y a Leandro, y sigilosamente, abre la puerta de la izquierda y agita un pañuelo.)

LEAN. (Sacando su puñal.) (El golpe es arriesgado; hay que estar prevenido.)

RAFTAL (A Nelcaut.) Sal de ahí: no hay cuidado ninguno. (Sale Nelcaut de la chimenea.)

(Por la puerta de la izquierda entran en escena CHACAL y RAUL, guardando todo género de precauciones.

CHACAL ¿Ya?

RAFTAL Sí. ¿Y el cloroformo?

RAUL (Impregnando una mascarilla.) Aquí.

RAFTAL A ver cómo trabajais. ¡Nelcaut, esa puerta! (Por la izquierda.) Leandro y yo cuidaremos estas otras. Vamos. (Nelcaut se coloca de guardián junto a la puerta de la izquierda. Raftal y Leandro vigilan las de la derecha y entre tanto Chacal y Raul se acercan a Gabriela y le aplican a la cara una mascarilla de cloroformo.)

GAB. ¡Dios mío!

RAUL ¡Maldita!...

CHACAL ¡Vamos!

LAURA ¡Pronto!... Por aquí. Seguidme. (Raul y Chacal cargan con Gabriela y desaparecen por la izquierda de la habitación del fondo.)

NEL. ¿Ya?

RAFTAL Sí.

NEL Entonces...

RAFTAL Ocúltate y aprovecha la primera oportunidad. ¿Tienes lápiz y papel?

NEL. No.

RAFTAL Toma. (Le da un cuadernito y un lapicero.)

LEAN. ¿Qué ocurre?

RAFTAL Nada. Continúa vigilando. (Leandro obedece.)

NEL. (Aparte a Raftal.) La cosa no es sencilla...

RAFTAL Yo te ayudaré procurando que quede esto solo. Y ni una palabra. Este segundo negocio es de nosotros dos exclusivamente.

NEL. Comprendido. (Vuelve a ocultarse en la chimenea al mismo tiempo que entran en escena por el fondo CHACAL y RAUL.)

RAFTAL ¡Qué!

RAUL Tiene sueño para un rato.

RAFTAL Bien; ha vuestro sitio. Laura os avisará.

CHACAL Perfectamente. Vamos.

RAUL Vamos.

CHACAL (Al hacer mutis con Raul por la puerta de la izquierda.) ¡Qué tiempecito! Ya está lloviendo. Vamos a trabajar esta noche con tormenta, como a mí me gusta. (Mutis.)

RAFTAL (A LAURA, que entra por la habitación del fondo.) ¡Ya sabes, Laura!

LAURA Sí.

RAFTAL (A Leandro.) Vámonos; no conviene que nos vean aquí ahora. (Hacen mutis por la primera puerta de la derecha. Suena dentro el estampido de un trueno.)

LAURA (Santiguándose.) ¡Jesús! (Se sienta en la butaca que ocupaba Gabriela.)

(Por la segunda puerta de la derecha entran en escena LA CONDESA y LUIS. La Condesa trae una banda azul y una gran cruz de oro en la mano.)

COND. Se lo diremos a Gabriela, y aunque Hugo no fué nunca partidario de estas cosas, creo que debemos colocar las insignias sobre la caja. Es la única manera de corresponder al honor que el Gobierno nos dispensa.

LUIS (A Laura.) ¿Eh? ¿Dónde está la señorita?

LAURA La señorita se ha retirado a descansar. Me dijo que se sentía sin fuerzas y me suplicó aguardase aquí la llegada de usted y se lo advirtiera.

LUIS ¡Pobrecilla!

LAURA También me rogó dijera a la señora Condesa que no interrumpiese nadie su descanso hasta mañana.

COND. Está bien. Coloque usted sobre la caja estas insignias.

LAURA Sí, señora. (Pone sobre la caja la cruz y la banda.) ¿Puedo retirarme?

LUIS Vaya al lado de la señorita por si necesita de sus servicios.

LAURA Sí, señor; aunque no lo creo. Está profundamente dormida. (Desaparece por la izquierda de la habitación del fondo.)

COND. Acaba de decirme el señor Bordolet, un hábil policía que trajo a casa el Marqués de Fobié, que ha hecho indagaciones y que a su juicio la muerte del Conde ha sido una desgracia y no un crimen.

LUIS Tal creo.

COND. De igual opinión es el señor Martené, el Comisario, que por cierto ha retirado a los policías que tenía en casa porque han encontrado muerto, también en el Sena, a un pobre hombre llamado Mario Liñán.

LUIS ¿Mario Liñán?

COND. Sí, y me dijo que como sospechaban que cierta taberna cuyos sótanos comunican con el río, fuera más que una taberna, una guarida de malhechores, pensaban cercarla para cerciorarse.

LUIS ¡Mario Liñán!

FRAZN (Por la segunda puerta de la derecha.) Señor Klein, el señor Crevillat necesita hablar con usted urgentemente.

LUIS Voy. (Se va Frazn.) Señora: le suplico no se ausente de aquí hasta que yo vuelva.

COND. Pero...

LUIS Se lo suplico. (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

COND. (Mirando con horror hacia el sitio en que está la caja y separándose de ella.) ¡No! Mi conciencia no está limpia de culpa y tengo miedo. Además en el salón me esperan... Sí... Me horroriza estar aquí sola. (Retumba un nuevo trueno, precedido de su relámpago correspondiente.) ¡Dios mío! (Temblorosa y procurando ocultar su miedo, hace mutis por la segunda puerta de la derecha.)

NEL. (Asoma la cabeza, mira y por ultimo sale de la chimenea.) ¡Animo! Son dos millones para mí... (Sacando su puñal.) Hay que prevenirse. (Mira a un lado y a otro.) Más me gustaría habérmelas con cuatro vivos que con un muerto, pero no hay más remedio. (Nuevo trueno.) Vamos. (Se dirige hacia la caja, pero en el mismo

instante, la caja se muéve, se agita el paño y cae al suelo estrepitosamente la cruz colocada sobre el ataúd. Nelcaut da un grito de terror, se le cae de la mano el puñal y queda como petrificado.)

LUIS (Que entra al mismo tiempo por la derecha segunda puerta, se arroja sobre Nelcaut.) ¡Quién! ¡Quieto!

NEL. (Recogiendo su puñal y luchando con Luis.) ¡Suelta!

LUIS (Gritando.) ¡Aquí, pronto!

NEL. (Hiriéndole en un brazo.) ¡Calla!

LUIS ¡Aquí! (Siguen luchando. A un mismo tiempo entran en escena por la izquierda CHACAL y RAUL, y por la derecha LA CONDESA, RAFTAL, FRAZN, el otro CRIADO, CARLOS y LUISA.)

RAFTAL (Sujetando fuertemente a Nelcaut.) ¡Miserable! (Entre Frazn y el otro Criado apres an a Nelcaut.)

COND. ¡Dios mío!

RAFTAL ¿Está usted herido, señor Klein?

LUIS Sí.

(Le rodean la Condesa, Luisa, y Carlos. LAURA entra en escena y queda espectante en el foro.)

RAFTAL A ver, ¿dónde está Bordolet?

FRAZN Aguardad. (Llamando hacia la derecha.) ¿Señor Bordolet?

LEAN. (Por la derecha.) ¿Eh? ¿Qué ha sucedido?

RAFTAL No lo lé.

LUIS (A Bordolet.) Ese hombre, que ha entrado en esta habitación puñal en mano, no sé con qué intenciones.

LEAN. (Fijándose en Nelcaut.) ¡Hola, el simpático Jarson, el más hábil de los rateros!... Qué, amigo Jarson, venías por las insignias, ¿eh? Pobre muchacho! No respetas nada. ¡Vengan las manos! (Lo esposa. Sujetando a Nelcaut e iniciando el mutis por la derecha.) Este, señor Marqués, no nos dará que hacer en un poco de tiempo. En marcha.

RAFTAL (Aparte a Leandro.) Esta noche a las doce, en el panteón de los Montreux. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El cadáver de Montreux

El panteón de los Montreux. La puerta de entrada está en el lateral izquierda: una puerta de hierro y cristal. Se baja al panteón por una escalinata de cuatro peldaños. En el lateral derecha hay un estrecho hueco, abovedado, arranque de una pequeña galería que simula dar acceso a otro departamento del panteón. En el foro derecha, y sobre una tarima de escasa elevación, está la caja que encierra el cuerpo de Hugo de Montreux. Es de noche, una noche horrible de viento, lluvia y tempestad. Una lámpara de aceite alumbra muy débilmente el panteón.

—

(Al levantarse el telón están en escena JUAN y ANTÓN, dos sepultureros de aspecto macabro. Se alumbran con un farol.)

JUAN — Mira a ver si cesa la lluvia, Antón.

ANTÓN — Algo parece que amaina, pero aun cae el agua a raudales. ¡Qué nochecita!

JUAN — Pero, ¿para qué diantres me has traído aquí?

ANTÓN — Para hacer la requisa. Oí ladrar al mastín y me pareció ver una luz a través de esos cristales. Como aun no han dado tierra al cadáver del señor Conde, y hay quien gusta de trabajar en los cementerios...

JUAN — ¡Bah!

ANTÓN — Asoma el farol a la capilla a ver si hay alguien.

JUAN — (Asomando el farol por el hueco de la derecha.) ¡Quién ha de haber, Antón?

ANTÓN Nuestra misión es vigilar.

JUAN Espera. (Desaparece por la derecha y vuelve al momento.) Nadie. Quien iba a atreverse en una noche como esta...

ANTÓN Qué sabes tú. En este París hay gente para todo. Si nos descuidásemos, cada panteón se convertiría en una guarida de malhechores. ¡Mejor refugio!... (Suena un trueno.)

JUAN ¡Ya escampa!

ANTÓN (Asomándose.) Llover, llueve menos.

JUAN Pues vámonos; al amor de la lumbre estaremos mejor que aquí. Y no te inquietes si oyes ladrar al mastín; en estas noches tormentosas los perros ladran de miedo. Vámonos.

ANTÓN Vámonos. (Suben los peldaños.)

JUAN (Saliendo.) ¡Uf! ¡Qué viento! (Mutis.)

ANTÓN (Idem.) ¡Qué noche! (Mutis. Queda el panteón a oscuras. Dentro ladra un mastín furiosamente.)

JUAN (Dentro.) ¡Calla, León!... ¡Calla!... (Deja de ladrar el mastín. Zumba el viento. Suena lejos, como un quejido, la sirena de un auto.)

(Por el hueco abovedado de la derecha entran en escena LUIS y CREVILLAT. Crevillat es un hombre como de sesenta años. Luis trae el brazo derecho en cabestrillo.)

LUIS Silencio y mucho cuidado. (Sube los peldaños y se asoma.) A nadie se ve. (Baja la escalera.)

CREV. (Abre un poco la linterna.) Eran los guardas, ¿no?

LUIS Sí. Al venir yo, el mastín ladró furiosamente y han venido a requisar el panteón. Celebro que sean tan fieles cumplidores de su deber.

CREV. Hemos debido presentarnos a ellos y decirles lo que hacemos aquí.

LUIS Hubiera sido necesario exponerles los motivos que aquí nos retienen y es peligroso hablar con nadie de ese particular.

CREV. Tiene usted razón.

LUIS ¿Ha notado usted algo de anormal durante sus horas de vigilancia?

CREV. Nada.

LUIS Es extraño.

CREV. ¿Extraño?

LUIS Sí; no estoy tranquilo, Crevillat. Gabriela te-

nía razón, la muerte del Conde Hugo de Montreux está rodeada de un grán misterio. El asesinato de Mario Liñán, lo corrobora, y el detalle de esta tarde me ha hecho ver claramente que una mano criminal nos acecha; que somos víctimas de alguna maquinación.

CREV. ¿El detalle de esta tarde? ¿Cuál?

LUIS Verdad que usted lo ignora. Aun no hemos podido cambiar impresiones.

CREV. Diga, señor Klein.

LUIS Esta tarde, cuando después del entierro nos separamos aquí mismo, me dirigí a la prefectura de policía. Deseaba adquirir algunos antecedentes de ese Jarson, a quien sorprendí, puñal en mano, en las habitaciones del Conde.

CREV. ¿Y qué?

LUIS Que Jarson no figuraba como detenido.

CREV. ¿Eh? ¿Pues no le detuvo ese señor Bordolet, el mismo que a mí me interrogó?

LUIS Es que al señor Bordolet no le conoce nadie en la prefectura.

CREV. Entonces...

LUIS Ni entre los agentes, ni entre los policías particulares existe ninguno que se apellide de ese modo.

CREV. Es extraordinario. ¿Habrá sido el Marqués de Fobié víctima de un engaño?

LUIS Mas bien creo yo, querido Crevillat, que todos somos víctimas de los engaños del Marqués de Fobié.

CREV. No comprendo. ¿Es que usted opina?...

LUIS O mucho me equivoco o ese Marqués de Fobié es el más perfecto de los miserables. Por eso creo ahora firmemente que el Conde ha sido asesinado, no sé como, pero asesinado, y que el móvil del asesinato no ha sido otro que el intentar apoderarse de la fórmula del tóxpiro. Acaso no pudieron lograrlo y han hecho luego un nuevo intento ese Jarson y el falso detective, de acuerdo siempre con el Marqués de Fobié.

CREV. ¿Ha comunicado usted a la policía sus sospechas?

LUIS No.

CREV. Ha hecho usted muy mal, señor Klein, porque si sus sospechas son verosímiles...

LUIS ¿Qué?

CREV. Estamos corriendo inúltilmente un grave peligro.

LUIS ¿Usted cree?

CREV. Si los que desean adquirir la fórmula saben que el Conde la tiene tatuada en su brazo derecho, nada más sencillo que copiarla esta misma noche. Si vienen decididos a ello, no sé como podremos impedírselo. Yo carezco de armas, y usted, aunque tenga su revólver, no puede disponer del brazo que sabe disparar.

LUIS Es cierto.

CREV. Por si o por no, yo opino señor Klein, que debemos avisar a la policia. ¿Qué conseguimos con dejarnos matar si ellos logran copiar la fórmula?

LUIS Tiene usted razón, Crevillat. Hay que avisar a la prefectura.

CREV. Pues vamos cuanto antes.

LUIS No, vaya usted; yo no he de salir de aquí.

CREV. ¿Va usted a quedarse aquí solo y en tales circunstancias?

LUIS Sí.

CREV. ¡Señor Klein!

LUIS No insista, Crevillat. He prometido vigilar y vigilaré.

CREV. Pero...

LUIS Aunque perdiese cien vidas, no saldría esta noche de aquí. Si alguien viniese, me ocultaría donde hace un momento nos hemos ocultado. Si fuera necesario, dispararía mi revólver y acudirían en mi auxilio esos dos hombres que guardan el cementerio. Váyase tranquilo, Crevillat.

CREV. Procuraré tardar lo menos posible.

LUIS Sí. Llueve mucho, llévese mi impermeable. (Se lo da.)

CREV. Gracias. Hasta ahora.

LUIS Adiós.

CREV. Cierre usted por dentro, ¿eh?

LUIS Sí. Adiós. (Vase Crevillat, y Luis echa la llave a la puerta, la guarda y baja a la escena. Dentro ladra el mastín.) El perro avisa bien. El sería el pri-

mero en advertirme el peligro si lo hubiera. (Deja de ladrar el mastín.) Estaría más tranquilo si pudiese contar con mi brazo derecho (Saca su revólver y lo examina.) ¡Bah! ¡Quién sabe si todas estas conjeturas mías sólo son hijas de un pesimismo injustificado! Cerraré la linterna, no conviene que se advierta desde fuera ningún resplandor. (Queda el panteón casi a oscuras. Zumba el viento lúgubremente.) Está horrible la noche. Tengo frío. (El mastín rompe a ladrar furiosamente.) ¿Eh? (Queda en suspenso. Un instante de pausa. Alguien empuja la puerta de entrada.) ¡Sí! (Recoge la linterna y saca su revólver.) ¡Pretenden abrir! (Cae hecho añicos uno de los cristales de la puerta. Una mano se introduce por el hueco del cristal roto y palpa la cerradura; se oye luego un sonido metálico y la puerta se abre, al mismo tiempo que Luis desaparece por el corredor abovedado de la derecha, diciendo quedamente.) Sea lo que Dios quiera.

(Entran en escena RAFTAL y LEANDRO, guardando todo género de precauciones. Cuando están aún en la escalera, un relámpago ilumina el panteón.)

RAFTAL ¡Demonios!

LEAN. La noche es de las que le gustan a Chacal. (Raftal abre su linterna y examina el panteón.) Chico, que frío está esto.

RAFTAL Ya encontrarás más calor en los infiernos. ¿Era Klein el que salió?

LEAN. Sí. No habrá aquí nadie, ¿verdad?

RAFTAL Espera. (Saca su revólver y hace mutis por la derecha, dejando a oscuras el panteón.)

LEAN. (Atento a lo que hace Raftal.) ¿Ves algo?

RAFTAL (Entrando de nuevo en escena.) Nada.

LEAN. ¿Qué hora es?

RAFTAL Más de la una. Esos no tardarán.

LEAN. ¿A qué hora iban a raptar a la muchacha?

RAFTAL A las doce; ya deben estar en la taberna de Raul.

LEAN. ¿Laura ha huído con ellos?

RAFTAL No; le he dicho que aguarde en casa de los Condes hasta las dos de la mañana. Si a esa hora yo no voy a buscarla, dejará la carta que escribimos e irá a reunirse con nosotros a la taberna de Raul.

LEAN. Esa Laura es una perla.

RAFTAL Sí, pero algo codiciosa; me disgusta por eso.

LEAN. Escucha, ¿dónde quedó Nelcaut?

RAFTAL Junto a la tapia de vigía. (Ladra el mastín dentro.) ¡Maldito animal!

LEAN. Nelcaut se encargará de él. (El perro lanza un aullido prolongado y enmudece para siempre.) ¿No te lo dije?

RAFTAL Si fuera tan valiente con los hombres...

LEAN. Es verdad.

RAFTAL Ha podido librarnos esta tarde del teniente Klein, que hubiera sido para nosotros una gran ventaja.

LEAN. ¡Calla! Alguien viene.

NEL. (Entreabriendo la puerta y asomando la cabeza.) ¡Raftal!

RAFTAL (Abriendo la linterna.) ¿Eres tú, Nelcaut?

NEL. Sí.

RAFTAL ¿Qué ocurre?

NEL. Una grave complicación.

RAFTAL Habla.

NEL. La taberna de Raul está cercada por la policía.

RAFTAL ¡Maldición!

NEL. Gracias a Daniela, la hija de Raul, no han caído todos en el lazo.

RAFTAL ¿Pero el rapto ha sido descubierto?

NEL. No. La taberna está cercada a consecuencias de la muerte de Mario Liñán.

RAFTAL Eso es otra cosa.

NEL. Pero es el caso que Raul y Chacal no saben lo que hacer con Gabriela.

RAFTAL ¿Dónde la tienen?

NEL. Ahí en el auto.

RAFTAL Es un peligro... Di que la traigan aquí mismo. ¡Pronto!

NEL. Sí. (se va.)

RAFTAL Hay que resolver lo del rescate esta misma noche; no hay lugar seguro donde llevar a Gabriela y aquí no puede estar más que unas horas. (Consulta su reloj.) Hay tiempo por fortuna.

LEAN. Veo muy difícil tu proyecto de boda con la condesa de Montreux.

RAFTAL Ya no pienso en ello, ni tampoco lo creo necesario. El rescate de Gabriela y la venta de la fórmula del tóxpiro pueden reportar-

nos muchos millones. Este negocio nos pondrá a flote para mucho tiempo.

LEAN. Así sea.

RAFTAL (Estremeciéndose.) ¡Calla! He creído oir un ruido...

LEAN. (Riendo.) ¿También tú vas a creer como Nelcaut que los muertos se estremecen dentro de sus ataudes?

RAFTAL El ruido ha sido ahí dentro. (Desaparece revólver en mano por el hueco de la derecha.)

CHACAL (Dentro.) Abre esa puerta, Nelcaut.

NEL. Aguarda. (Abre la puerta de la izquierda.)

RAUL Mil diablos, cómo pesa la damisela.

(Entran en escena CHACAL y RAUL, transportando el desmayado cuerpo de Gabriela. Nelcaut cierra la puerta.)

LEAN. ¡Cuidado!

CHACAL (Dejando a Gabriela sobre el suelo.) ¡Por fin!

RAUL ¿Y Raftal?

LEAN. Ahora saldrá.

RAFTAL (Saliendo por donde se fué.) Escucha, Leandro. (Le habla al oído.)

RAUL Estoy calado hasta los huesos.

LEAN. (A Raftal.) Descuida.

RAFTAL Dilo a Nelcaut.

LEAN. ¡Nelcaut! (Nelcaut se acerca a Leandro, éste le dice algo en voz baja y se colocan cada uno a un lado del hueco de la derecha en acecho.)

RAFTAL (Acercándose a Gabriela.) ¿Está desmayada aún?

RAUL Sí.

RAFTAL Quitadle la mordaza; conviene que reaccione: su muerte sería un mal negocio. (Raul obedece.) ¿Vigila Gustavo?

CHACAL Gustavo y Daniela.

RAFTAL Bien.

RAUL ¿Sabes ya lo de mi taberna?

RAFTAL Sí.

RAUL Este Chacal tiene la culpa.

CHACAL Tarde o temprano había de ocurrir.

RAUL Sí, pero...

RAFTAL Silencio: no es hora de dirimir esas contiendas. Hablemos de lo que interesa.

RAUL Tú dirás.

RAFTAL Oidme. Hay que obtener de la condesa de Montreux el rescate de Gabriela esta misma noche. Mañana sería tarde. Yo me encarga-

ré ahora mismo de conseguirlo. Vosotros entre tanto abrid la caja y copiad fielmente la fórmula. Ya sabeis dónde la tiene tatuada: en el brazo derecho. Una vez copiada os vais de aquí y me esperais en la taberna de Ismael, el judío; allí cambiaremos impresiones y decidiremos.

CHACAL ¿Dejamos aquí a la muchacha?

RAFTAL Sí: al ser de día no faltará quien la busque y la restituya a su domicilio.

(Durante esta escena, GABRIELA, que ha vuelto de su desmayo, se incorpora y mira horrorizada a uno y otro lado.)

GAB. ¡Dios mío!

TODOS ¿Eh? (Se vuelven y contemplan a Gabriela.)

GAB. (A Raftal.) ¡¡Fobié!! .. ¡¡El marqués de Fobié!! ¡¡Miserable!!...

RAFTAL (A Chacal, que avanza hacia Gabriela, puñal en mano.) ¡Quieto, Chacal!

CHACAL Es que...

RAFTAL ¡¡Quieto he dicho!!

GAB. (Pugnando por zafarse de sus ligaduras.) ¿Dónde me has traído, miserable? ¿Qué quieres de mí?

RAFTAL Si alza usted la voz, señorita, nos veremos obligados a amordazarla nuevamente. No tema: su vida no peligra.

GAB. ¡Canalla! ¿Qué antro es éste? (Vuelve la cabeza y ve la caja mortuoria.) ¡Ah! ¡Dios mío! ¡El panteón de los Montreux!

RAFTAL ¡Silencio!

GAB. (Gritando.) ¡Favor!

RAFTAL (Arrojándose sobre ella.) ¡No grites!

GAB. (Gritando.) ¡¡Klein!!... ¡¡Favor!!...

LUIS (Apareciendo revólver en mano por el hueco de la derecha.) ¡¡Gabriela!! (Leandro y Nelcaut caen sobre Luis, le sujetan, le amordazan y le amarran.)

CHACAL ¿Qué es eso?

RAUL ¡Diantre!

RAFTAL (Por Gabriela, a quien ha amordazado nuevamente.) Se ha vuelto a desmayar.

LEAN. (Por Luis, a quien arrojan sin sentido cerca de Gabriela.) A este le hemos dado un golpe, que tiene modorra para un rato.

RAFTAL (A Leandro.) ¿No te dije que aquel ruido?...

LEAN. Tenías razón.

NEL. No creo que pretendas casarte con la Condesa después de la interviú que has tenido con estos.

RAFTAL Eso está descartado. (Consulta su reloj.) No tengo tiempo que perder si deseo encontrar a Laura en casa de la Condesa. Marcho a ocuparme de lo del rescate. El hallarse aquí el teniente Klein favorece mis planes. Ya sabeis: copiad ahora mismo la fórmula y os espero en la taberna de Ismael. Hasta ahora.

LEAN. Buena suerte.

RAFTAL Siempre me acompañó en todos mis negocios. Hasta luego.

RAUL Adiós. (Vase Raftal, dejando la puerta entornada.)

LEAN. Bueno, trabajemos sin perder minuto, Chacal, y tú, Nelcaut: abrid la caja. (Ninguno de los dos se mueve.) ¡Vamos!

CHACAL Raul sabe más que yo de esas cosas.

LEAN. ¿Cómo?

CHACAL Yo, con saber matar, tengo de sobra...

LEAN. ¿Tienes miedo? (Chacal contesta con un gruñido.) ¡Di! ¿Tienes miedo?

CHACAL Vuélvemelo a preguntar y te parto el corazón.

LEAN. ¿A mí? (Amenazador.)

CHACAL ¡A ti!

RAUL ¡Vamos, Leandro, y tú, Chacal! Haya paz. Yo abriré la caja, que a mí son los vivos los que me hacen temblar y no los muertos. Ayúdame, Nelcaut. (Nelcaut no se mueve.) ¿También tú?...

LEAN. A ver: ¿dónde están las herramientas?

RAUL Aquí.

LEAN. ¡Vamos!

(Raul y Leandro se acercan a la caja; Chacal y Nelcaut, instintivamente, se alejan de ella y se colocan al pie de la escalinata.)

RAUL ¿Está clavada?

LEAN. No. Dame una ganzúa muy fina.

RAUL Toma.

NEL. (Tembloroso.) ¡¡Silencio!! (Quedan todos en suspenso, cierran las linternas y amartillan los revólvers. Pausa.)

LEAN. (A media voz.) ¡Qué!

NEL. Me ha parecido oir pasos.

RAUL Asómate con cuidado y mira.

NEL. Esperad. (Abre sigilosamente la puerta y, arrastrándose, mira al exterior.)

LEAN. ¡Qué!

NEL. Nada. El viento sin duda...

LEAN. Cierra. Alumbra, Raul. (Nelcaut queda de pie en lo alto de la escalinata, atento a lo que hace Leandro.)

RAUL ¿Es difícil?

LEAN. No; ya está. (Se levanta y da un paso atrás.) Abre.

RAUL (Temeroso.) ¿Yo?

LEAN. ¿También tú temes?

RAUL Yo no.

LEAN. ¡Vamos! (Raul, con mano temblorosa, abre la caja.) ¡Bien! Desnúdale el brazo derecho. (Raul titubea.) ¡Cobardes! (Se acerca a la caja y levanta el brazo derecho de Hugo de Moutreux.) Sujétale. (Raul, tembloroso, obedece.) ¡Tiene el brazo vendado! Dame tu puñal.

RAUL Toma. (Le da el puñal.)

LEAN. (Dándole la linterna.) Alúmbrame. (A Raul le tiembla la linterna.) ¿Por qué tiemblas, cobarde? Piensa en los cuatro millones de francos y no temblarás.

RAUL Es que los espíritus se vengan luego, Leandro.

LEAN. (Un poco temeroso.) ¡Calla! No hay más remedio, que diría Raftal. ¡Alumbra! (Tembloroso, intenta cortar la venda y clava la punta del puñal en el brazo de Hugo. Este, al sentirse herido crispa los dedos y contrae el brazo con fuerza. Leandro ahoga un grito y huye: a Raul se le cae la linterna y huye también horrorizado. Suena un trueno horrendo. Hugo de Montreux saca una mano de la caja y la apoya en el borde de la misma como si pretendiera hacer fuerzas para incorporarse. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La muerte de Raftal

El tocador de Gabriela de Montreux. Muebles de rico aspecto y gusto exquisito. En el ángulo de la izquierda y en chaflán, arco con cortina de gasas, que comunica con la alcoba. De esta alcoba se verán algunos muebles. En el primer término del lateral izquierda una puerta de una sola hoja. En el lateral derecha otra puerta. En el foro una ventana con cristaleras. Es de noche.

—

(Al levantarse el telón está en escena LAURA empaquetando unas joyas y guardándolas en un cabás. De pronto cree percibir un ruido, se acerca a la puerta de la derecha, escucha, hace un gesto de confianza y continúa su tarea. Un reloj da dos campanadas.)

LAURA (Cerrando el cabás.) Las dos; Raftal no viene ya. Es la hora de huir. (Toma un sombrero que hay sobre una silla, y al ponérselo, escucha un ruido en la ventana del foro.) ¿Eh? (Apaga la luz y se acerca sigilosamente a la ventana.) ¡Es él! (Abre la ventana y dice a media voz) ¡Raftal!

RAFTAL (Dentro.) Sí.

LAURA Entra. (Cierra la ventana, enciende la luz y abre la puerta de la izquierda.) ¿Qué habrá sucedido? (Guarda el cabás en un mueble)

RAFTAL (Por la izquierda. Al entrar cierra la puerta y guarda su puñal.) Creí que no llegaba a tiempo.

LAURA Si tardas unos minutos... Estaba disponiéndome a partir cuando hiciste la señal. ¿Qué ocurre?

RAFTAL Aguarda a que respire. (Se sienta.)

LAURA ¿Y Gabriela?

RAFTAL En el panteón de los Montreux.

LAURA ¿Eh?

RAFTAL La taberna de Raul estaba cercada por la policía.

LAURA Entonces...

RAFTAL Hay que ultimar el negocio esta misma noche, aunque nos resulte menos productivo de lo que imaginábamos.

LAURA Pero, ¿cómo?

RAFTAL Déjame hablar.

LAURA Dí. (Al ver que Raftal saca de uno de sus bolsillos una fina cuerda y un pañuelo.) ¿Eh? ¿Qué es eso?

RAFTAL La cuerda con que he de atarte y el pañuelo que ha de servirte de mordaza.

LAURA Comprendo.

RAFTAL Entérate bien: a eso de las doce de esta noche tres hombres enmascarados penetraron en esta habitacion escalando esa ventana.

LAURA Sí.

RAFTAL Tú quisiste gritar, pero uno de ellos se abalanzó a ti, te amordazó y te ató fuertemente, dejándote imposibilitada de todo movimiento.

LAURA Y entre tanto, los otros cloroformizaban a la señorita y la raptaban por...

RAFTAL Por esa puerta. (Indicando la de la izquierda.)

LAURA Está bien.

RAFTAL Los enmascarados dejaron este papel prendido en tu ropa y antes de marcharse uno de ellos, el que parecía mandar en los otros, abrió este «secretaire», (Abre un «secretaire».) tomó un papel, trazó en él unos renglones... (Toma un papel y escribe.) introdujo el papel en un sobre... y guardó el sobre en un bolsillo de su americana. (Hace cuanto acaba de decir.) Después se fueron, cerrando esa puerta y llevándose la llave.

LAURA Perfectamente; y luego...

RAFTAL Luego tú, haciendo un esfuerzo sobrehumano, lograste aflojar un poco tus ligaduras y sofocadísima, medio asfixiada conseguiste incorporarte y apoyando tu cuerpo en esa pared has podido oprimir el botón de ese timbre. Lo demás corre de mi cuenta.

LAURA Atame. (Mientras Raftal desenreda la cuerda, Laura desgarra su blusa y desarregla su peinado.)

RAFTAL Tengo que atarte fuertemente; hay que dar la sensación de la verdad. (La ata con fuerza.)

LAURA Me haces daño, Raftal.

RAFTAL No hay más remedio: piensa en la recompensa, hijita. (Laura hace gestos de dolor.) Ahora la mordaza.

LAURA Espera que respire a mis anchas.

RAFTAL ¡Vamos! Solo se trata de un momento. (La amordaza.) ¿Llegas bien al timbre? (Laura asiente con la cabeza.) Aguarda que te prenda el papel. (Lo hace.) Ya puedes llamar. (Apaga la luz.) ¡Vamos! Llama: no me voy sin saber si puedes o no. (Laura se apoya en la pared y suena un timbre dentro. Este timbre no deja de sonar hasta que separan a Laura del sitio en que se encuentra.) ¡Bien! ¡Mucho cuidado! (Se va por la puerta de la izquierda cerrando con llave. Pausa.)

FRAZN (Dentro. Llamando a la puerta de la derecha.) ¡Señorita!... ¡Laura!... ¡Señorita Gabriela!...

RAM. (Idem, idem.) ¡Señorita Gabriela!

CRIADO (Idem, idem.) ¡Señorita!

FRAZN Es rarísimo. Aguardad: voy por la otra puerta.

RAM. ¡Señorita!... Avise usted a la señora Condesa. (Aporreando fuertemente la puerta.) ¡Laura!... ¡Laura!... (Laura lanza una especie de gemido.) ¡Dios mío! ¡Pronto! ¡Algo grave les ocurre! (Gritando.) ¡Frazn!

FRAZN (Dentro y pretendiendo forzar la puerta de la izquierda.) ¡Está también cerrada!

COND. (Dentro.) ¡Dios mío! ¡Gabriela!... ¡Laura!...

FRAZN Hay que romper la ceradura.

COND. ¡Frazn!

FRAZN Ya voy, señora; un momento. (Se le oye martillar.) ¡Por fin! (Abre la puerta de la izquierda. entra y enciende la luz.) ¡¡Laura!!

COND. ¡Abra!

FRAZN (Abriendo la puerta de la derecha.) ¡Jesús!

(Entran precipitadamente la CONDESA, RAMONA, doncella de la casa y el CRIADO. Al ver a Laura, la Condesa y Ramona dan un grito.)

COND. (Corriendo hacia la alcoba.) ¡Gabriela!... ¡Gabriela! (Entra y grita ya dentro.) ¡Dios mío! (Sale descompuesta, temblorosa. Entre tanto Ramona y Frazn han quitado a Laura la mordaza y las ligaduras.)

¡Gabriela! ¿Dónde está Gabriela? (Asombro en todos.)

FRAZN. ¿Eh?

CRIADO (Por Laura.) ¡Está como muerta!

COND. ¡Dios mío!... ¡¡Dios mío!!

RAM. (Por el papel que Laura tiene prendido en su ropa.) ¡Oh! Señora: vea usted.

COND. ¿Eh? (Toma el papel con mano temblorosa y lee nerviosísima.) «Condesa, si antes de amanecer no deposita una persona de su absoluta confianza un millón de francos en las gradas de la Magdalena, Gabriela de Montreux no verá la luz del nuevo día.» ¡Virgen Santa! (Llora.)

RAM. ¡Qué infamia!

CRIADO ¡Pobre señorita!

FRAZN ¡Laura!... ¡Laura! Ayúdame, Ramona. Vamos a tenderla en la cama de la señorita.

RAM. ¡Qué espanto, Dios mío! (Entre Frazn y Ramona se llevan a Laura a la alcoba.)

COND. ¿Qué hacer, Virgen Santa? (Al criado.) Despierte usted al señor Crevillat y dígale que venga en el acto.

CRIADO Sí, señora. (Se va por la derecha.)

COND. ¡Un millón de francos antes del amanecer!

FRAZN (Saliendo de la alcoba.) Señora, Laura comienza a dar señales de vida.

COND. ¡Dios mío! Me da miedo el interrogarla. Llame usted por teléfono al señor Klein y avise también por teléfono a la prefectura.

FRAZN Sí, señora. (Se va por la derecha.)

RAM. (Saliendo de la alcoba.) ¡Señora! Laura la llama.

COND. ¡Dios mío! ¡Mi hija!... ¡Mi Gabriela!... (Entra en la alcoba.)

CRIADO (Por la derecha.) Es extraño.

RAM. ¿Qué ocurre?

CRIADO Que el señor Crevillat no está en casa.

RAM. Pero si no sale nunca de noche. Dilo a la señora Condesa. (Dentro, lejos, suena un timbre.) ¿Eh? ¿Han llamado a la puerta?

CRIADO ¿Abro?

RAM. Aguarda. (Hablando hacia la alcoba.) Señora Condesa. Están llamando a la puerta. ¿Se abre?...

COND. (Dentro.) Sí. (Hacen mutis Ramona y el Criado.) (Sale de la alcoba con LAURA.) ¿Y dice usted que uno de ellos escribió una carta en el «secretaire»?

LAURA — Sí señora. ¡Qué horror! ¡No quiero acordarme!...

FRAZN — (Por la derecha.) Señora: el señor Klein salió de su casa a las diez de la noche y no ha vuelto a ella.

COND. — ¿Y Crevillat?

FRAZN — El señor Crevillat no está en casa.

COND. — ¿Que no está en casa? ¿Pero qué es esto, Dios mío? (Ruido de voces dentro) ¿Eh? ¿Quién habla? Vea usted, Frazn. (Frazn hace mutis por la derecha.) ¡Virgen Santa! Es para volverse loca. ¡Un millón de francos! ¡Cómo reunir de momento esa cantidad! ¡Oh! ¡Hay que avisar a la prefectura! Hay que poner en movimiento a toda la policía de París.

LAURA — Cuidado, señora Condesa.

COND. — ¿Eh?

LAURA — Puede que eso fuera sentenciar a muerte a la señorita.

COND. — ¿Cree usted?...

FRAZN — (Por la derecha.) Señora: el señor marqués de Fobié desea hablar con la señora urgentemente.

COND. — ¿El Marqués? ¿A estas horas?

LAURA — Es rarísimo.

COND. — Acaso... Hágale pasar, Frazn. (Vase Frazn por la derecha.) El sabrá iluminarme en este trance tan angustioso. ¡Dios mío! ¿Qué será de mi hija? (Llora)

LAURA — ¡Qué horror, señora, qué horror!

FRAZN — (Por la derecha.) Pase usted.

RAFTAL — (Afectando un gran nerviosismo.) Condesa, vengo consternado: al regresar hace un momento a mi casa he encontrado en ella estos renglones. Creí que se trataba de una burla, pero, inquieto, temeroso, decidí comprobar si era o no cierto lo que se me decía, y, en efecto, acaban de decirme los criados que Gabriela ha sido raptada.

COND. — Sí, Marqués; hace dos horas.

RAFTAL — ¿Pero cómo es posible?...

COND. — Hemos hallado a Laura fuertemente atada y amordazada, casi a punto de morir.

RAFTAL — ¡Miserables! Lea, lea, señora, la carta por mí recibida. (Le da un papel.)

COND. — (Leyendo.) «Hemos secuestrado a Gabriela de

Montreux; aconseje a la Condesa que envíe a las gradas de «La Magdalena» el rescate que le exigimos, pues de lo contrario, antes del nuevo día Gabriela de Montreux morirá.» ¡Dios santo!

RAFTAL ¿Qué rescate piden esos bandidos?

COND. Un millón de francos.

RAFTAL ¡Imbéciles! ¿Cómo va nadie a tener en su casa esa cantidad y cómo es posible reunirla a estas horas? Pedir tal rescate y con tal premura es condenar a muerte a Gabriela de Montreux.

COND. (Horrorizada.) Por Dios, Marqués, no repita usted esas palabras.

RAFTAL Perdón, Condesa.

COND. ¿Qué cree usted que debemos hacer?

RAFTAL Salvar a Gabriela, sea como sea. Si el millón de francos no es posible, enviemos al lugar designado la mayor suma que podamos reunir; nuestras joyas, cuanto tengamos de algún valor.

COND. Sí: tiene usted razón. Acaso así podamos salvarla.

RAFTAL ¡Pronto! (Tirando de cartera.) Yo debo tener unos miles de francos...

COND. ¡Oh! Gracias, Marqués. Vamos. Venga conmigo; lo reuniremos todo, ¡todo! ¡Laura! Tráiganos cuanto encuentre usted ahí de valor. (Se van por la derecha la Condesa y Raftal, seguidos de Frazn.)

LAURA (Al quedarse sola sonríe, saca el cabás que antes guardó y se va por la derecha. Se abre sigilosamente la puerta de la izquierda y asoma la cabeza CREVILLAT. Al ver que no hay nadie, entra.)

CREV. Se han marchado: pasad, señor Conde.

HUGO (Entrando.) ¿Dices que ese canalla está aquí?

CREV. Sí, señor.

HUGO Deja la habitación a oscuras: si me viesen no estando prevenidos podría matarles la impresión.

CREV. Sí, señor. (Apaga la luz. La escena queda débilmente iluminada, gracias a la luz que entra por la puerta de la derecha.)

HUGO ¿Y Gabriela y Klein?

CREV. Quedaron en la casa de los guardas esperando el automóvil que acabo de mandarles.

¡Pobrecillos! Me creían loco cuando les expliqué lo de la inyección y les aseguraba que usted vivía. ¡Como yo estaba tan excitado, tan nervioso!... No sé cómo he podido sobrevivir a la impresión, señor Conde.

HUGO ¡Calla! ¿Están los agentes en el jardín?

CREV Aguarde usted. (Se asoma a la ventana del foro.) Sí, señor.

HUGO Es preciso que no se escape ese miserable.

CREV. Muy difícil ha de serle la huída, señor Conde.

HUGO Bien. vete, cierra esa puerta y quédate tras ella de guardián.

CREV. ¿Y usted?...

HUGO No te ocupes de mí. Dame tu revólver. (Se lo da.) Vete.

CREV. Está muy bien. (Se va por la puerta de la izquierda y se le oye correr un pequeño cerrojo. Hugo examina el revólver y entra en la alcoba.)

COND. (Dentro. FRAZN entra por la puerta de la derecha y enciende la luz. Acto seguido entran en escena la CONDESA, LAURA y RAFTAL. Traen varios estuches y un gran fajo de billetes, amén de un buen puñado de monedas de oro.) Póngalo usted todo sobre esta mesita, Laura.

LAURA Sí, señora. (Colocan sobre una mesita todo cuanto traen.)

COND. ¡Pronto! Veamos cuanto hemos podido reunir. No hay tiempo que perder.

RAFTAL Veamos.

COND. ¿A cuánto asciende el metálico?

RAFTAL (Contando por encima.) Hay cuatrocientos mil francos.

COND. ¡Dios mío!

RAFTAL No tema; yo añadiré cuanto dinero tenga en casa; podremos llegar a los quinientos mil.

COND. ¡Gracias, Marqués: muchísimas gracias!

RAFTAL A ver las alhajas. (Las examina.) ¡Oh! Son de gran valor. Poco ha de faltar para el millón de francos que exigen.

COND. ¿Cree usted?...

RAFTAL En efecto.

COND. Bien, ¿y quién ha de llevar el dinero al sitio indicado?

RAFTAL Usted misma.

COND. ¿Yo? ¡No por Dios, Marqués!

RAFTAL Laura, entonces.

LAURA ¡No!

RAFTAL Es indispensable. Piense que va en ello la vida de la señorita de Montreux.

COND. (Suplicante.) ¡Laura, por favor!...

FRAZN Perdón, señora Condesa. ¿Puedo yo encargarme de esa comisión?

COND. ¡Gracias, Frazn! ¿Qué opina usted, Marqués?

RAFTAL Que un hombre despertaría desconfianza, por eso no me he ofrecido yo mismo.

COND. Entonces...

RAFTAL Es preciso, es necesario que sea Laura.

LAURA Tengo miedo, señor Marqués.

RAFTAL No tema; yo no la perderé de vista. Pasaremos por mi casa, entregaré a usted cuanto tengo en ella de valor y luego la acompañaré hasta muy cerca de la Magdalena. Si ellos nos ven juntos no les extrañará, puesto que a mi también me han comunicado sus propósitos.

LAURA Pero...

RAFTAL Respondo que nada la ocurrirá.

LAURA Siendo así...

COND. Gracias, Laura, gracias. Pero vayan pronto, en seguida, no hay un minuto que perder.

RAFTAL Sí: vamos.

LAURA Vamos. (Comienzan a guardar todos los objetos en un saco de mano.)

RAM. (Por la derecha: viene ajetreada, nerviosísima.) ¡Señora!... ¡Señora Condesa!...

COND (Asustada.) ¿Eh?

RAM. ¡La señorita!...

COND. ¿Qué?

RAM. ¡Abajo! ¡Está ahí! (Laura y Raftal quedan lívidos.)

COND. ¿Cómo?

RAM. ¡Que está ahí con el señor Klein!

COND. ¡Dios mío! (Vase corriendo por la derecha seguida de Frazn y de Ramona.)

RAFTAL ¡Maldita!...

LAURA ¿Qué hacemos?

RAFTAL ¡Acaba de recoger eso y huyamos!

LAURA Sí. (Guarda precipitadamente los objetos que restan.)

RAFTAL Vamos.

LAURA ¡Aguarda!

RAFTAL ¡Por aquí! (Empuja la puerta de la izquierda.) ¡Maldición! Está cerrada.

LAURA ¡Ah!

RAFTAL Espera: yo guardé la llave. (Registrándose nerviosamente los bolsillos.) ¡Sí! Aquí está.

LAURA ¡Por fin!

RAFTAL (Haciendo inútiles esfuerzos por abrir.) ¡Ah! Han corrido el cerrojo: es imposible.

LAURA ¡Derríbala!

RAFTAL Sí.

CREV. (Dentro.) No se canse usted, señor Marqués; por aquí no puede usted salir. (Laura y Raftal sofocan un grito de rabia y quedan en una pieza.)

LAURA Es Crevillat.

RAFTAL ¡Maldito viejo!... No importa. (Dirigiéndose a la ventana del fondo.) ¡Ven!

LAURA Sí.

RAFTAL Apaga la luz. (Laura obedece.) ¡Espera!... (Se asoma a la ventana.) ¡Ah! (Se muerde una mano.) ¡Estamos perdidos!... ¡El jardín está lleno de agentes!...

LAURA ¡Qué rabia!

RAFTAL ¡Maldita sea mi vida! (Ruido de voces dentro.)

LAURA ¡Vienen! ¿Qué hacemos?

RAFTAL (Tras una breve pausa y serenándose un instante.) Enciende la luz.

LAURA Pero...

RAFTAL (Imperioso.) Enciende la luz. Hay que jugarse el todo por el todo. ¡Pronto! (Laura enciende la luz.)

LAURA Sea.

RAFTAL (Colocándose junto a la puerta de la derecha puñal en mano y en actitud de acecho.) Quédate ahí en el centro, que te vean. Afecta la mayor naturalidad: va en ello nuestra salvación. Así.

LAURA Pero...

RAFTAL ¡Calla!

LUIS (Dentro.) Sí: ya habrá huído el canalla.

GAB. (Idem.) ¡El miserable!

COND. (Idem.) ¡Pero Dios mío!

FRAZN (Idem.) Veamos.

(Entran por la puerta de la derecha la CONDESA, GABRIELA, FRAZN, RAMONA y el CRIADO.)

RAFTAL (Cae como un chacal sobre Gabriela y le aplica a la garganta la punta de su puñal.) ¡Quietos! (Todos lanzan un grito de terror y quedan como estatuas.) ¡Un gesto, una voz y muere Gabriela de Montreux! Es preciso que Laura y yo sal-

gamos de esta casa sin ser molestados por nadie. ¿Lo oís bien? ¡Por nadie! Esos criados pueden encerrarse en sus habitaciones; decid a la policía que se retire y dejadnos franco el paso!

COND. Sí, sí... ¡Marchaos!... (Hacen mutis por la derecha pausadamente Frazn, Ramona y el Criado.) Yo misma diré a la policía que se retire; pero... ¡piedad!... ¡Piedad para mi hija!

RAFTAL ¡Pronto, señora, o...!

COND. ¡Sí, sí!... (Temblando hace mutis por la derecha.)

HUGO (En la puerta de la alcoba, como una aparición.) ¡Raftal! (Al ver a Hugo, Laura huye, Raftal sofoca un grito, deja caer al suelo el puñal y retrocede, lívido, desencajado. Gabriela se echa en los brazos de Klein, que entra en escena en este instante.)

RAFTAL (Horrorizado.) ¡No!... ¡¡No!!...

HUGO (Avanzando un paso.) ¡Raftal!... ¡Asesino!...

RAFTAL ¡¡Calla!!

HUGO Todos tus compañeros han muerto: ríndete.

RAFTAL (Sacando su revólver.) ¡No! (Intenta hacer fuego sobre Hugo, pero éste se adelanta y le mata de un pistoletazo.)

GAB. ¡Dios mío!

KLEIN ¡Muerto!

CREV. (Que ha entrado por la izquierda.) ¡Muerto!

GAB. (Arrojándose en los brazos de Hugo.) ¡Padre!. . ¡Padre mío!...

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa.

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música dei maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto.

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto.

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

PRECIO: DOS PESETAS